

punto de partida

No. 246
ISSN: 0188 - 381X

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSARIOS

C
I
U
D
A
D
D
E
M
É
X
I
C
O



punto
de partida

No. 246

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Leonardo Lomelí Vanegas
Rector

Rosa Beltrán
Coordinadora de Difusión Cultural

Julia Santibáñez
**Directora de Literatura
y Fomento a la Lectura**

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada
Edición: Aranzazú Blázquez Menes
Redacción: Alejandro Arras
Diseño original: Jonathan Guzmán
**Diseño de este número y
dirección de arte:** Anilú Zavala
Difusión: Axel Alonso
Asistencia secretarial: Silvia Rodríguez
Impresión en offset: Litográfica Ingramex, S.A.
de C.V. Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad
de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura y
Fomento a la Lectura, Zona Administrativa
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad
Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México,
04510.

puntodepartida.unam.mx
puntoenlinea.unam.mx
Tel.: 56 22 62 01

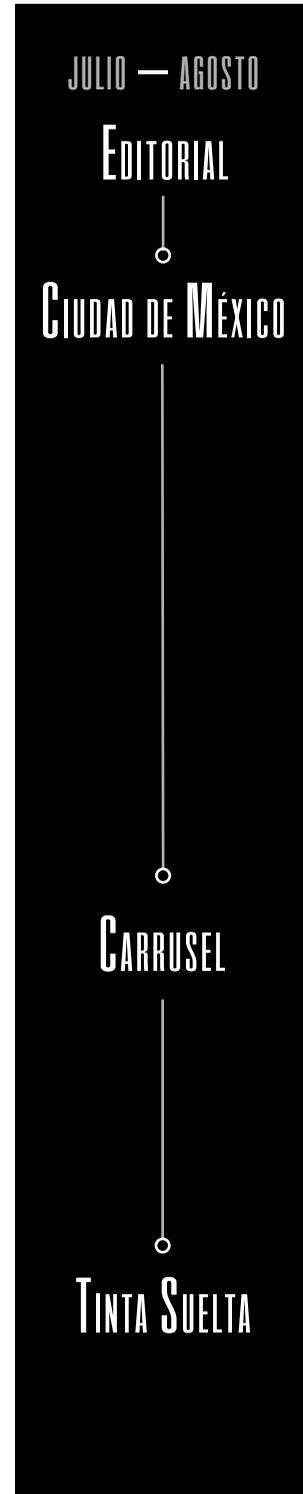
Dirigir correspondencia y colaboraciones a
puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en **Punto de partida** recae exclusivamente en sus
autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección
de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad
Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN:
0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524.
Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

 @Puntodepartidaunam
 @P_departidaunam
 @puntodepartida_unam

Tiraje: 1000 ejemplares en papel
cultural de 90 gramos, forros en cartulina
Loop Antique Vellum de 216 gramos.



Editorial 5

*Las cuatro nobles prácticas en la
iluminación chilanga.* Joaquín de la Torre 8
Ciudad cochinita. Ángela Almendra Almonacci Buendía. 12
Casa lejos de casa. Giselle González Camacho 14
Cualquiera puede entrar, ninguno puede salir. Erick Sebastian. 16
Entre Amores y La Piedad. Desirée Mestizo 18
París, CDMX. Tristana Pérez. 21
Época de lluvia. Itzel Espinosa 26
En defensa del peatón. Dorian Huitrón Álvarez 27
Caída. María Villa 30
Metafísica del estacionamiento. Joaquín Martínez 32
Dios nunca muere. Luis Antonio Viniestra Mendoza 38
*Pitochelas, doriesquites y pepinos locos: la vanguardia
gastronómica de los chilangos.* Alexis Aparicio Díaz. 43
Mi hermana corre por toda la ciudad. Itzel Avilés García. 46
En la casa: con esta gente: se nos respeta. Sebastián López. 48
Díptico sobre la Ciudad de México. Alejandro Carnicero 52

Concha Méndez: una poética de las manos.
María Miranda Rocamora 56
*De las formas escondidas tras las piedras: un mapa afectivo
de la Ciudad de México. Entrevista con cecilia miranda gómez*
Ofelia Ladrón de Guevara 61
*Una intención ante la noche: la poesía luminosa
de Clemente Guerrero.* Marisol Luna Zapián 67
Leer en el Estado de México: un mosaico de experiencias
Abril G. Karera 69

Las aventuras del Wero y el Negro. Livo Malo 71

Colaboradores 75



Melissa Delgado
 (Ciudad de México, 1996).
 Arquitecta titulada por la UNAM con interés en el diseño, el espacio público y su habitabilidad. Emplea la fotografía y el sketch para retratar personas, actividades, espacios y generar memoria personal y colectiva.
 @ mel.iink



CONTRAPORTADA / A CONTRALUZ



Carmina Quiroz
 (Ciudad de México, 1998). Ilustradora.
 Es artista residente en el taller de impresión Sociedad Anónima de Reproducción Autogestiva (S.A.R.A.). Cuenta con tres publicaciones ilustradas: SARA 01, SARA 02 y DE REGRESO A CASA.
 @ color.carmin



Editorial

DESDE HACE TIEMPO, la UNAM se extendió más allá de la capital que la vio nacer, aun así, es imposible pensarla sin la Ciudad de México. Es aquí, también, donde *Punto de partida* tiene enterrado el ombligo, en el otrora Distrito Federal, la capirucha, chilangolandia o la CDMX —esa abreviatura a la que le vinieron como anillo al dedo el hashtag y las letras monumentales—. Esta ciudad tiene una personalidad única, es caótica, fascinante e inabarcable: nadie puede afirmar que la conoce de cabo a rabo. Por eso, en este número conjuntamos textos sobre la vida cotidiana que revelan su magnetismo. Pasamos por la experiencia de estudiantes foráneos y por cartografías afectivas; hacemos parada en las creaciones culinarias callejeras, así como en las astucias que todo capitalino —por nacimiento o por adopción— debe desarrollar para sobrevivir. También es notable que el ambiente de la mayoría de los textos puede entenderse desde una vivencia peatonal del espacio público, aunque también pasa lista el absurdo al que nos ha orillado la dependencia al automóvil.

Comienza el *dossier* “Las cuatro nobles prácticas de la iluminación chilanga”, un ensayo de Joaquín de la Torre que marida con ironía las contradicciones entre lo placentero y lo incómodo, y recorre el ethos de la ciudad a través de los sentidos. Luego Ángela Almendra Almonaci Buendía nos habla de una “Ciudad cochinita”, un lugar donde los deseos se fusionan con el paisaje urbano y el individuo desaparece entre la multitud. Continúa una serie de cuatro textos entre el ensayo personal y la crónica, y cuyas autoras tienen en común haber nacido o vivido en otro lugar: Giselle González narra cómo la travesía para encontrar dónde vivir cerca de Ciudad Universitaria la llevó al Pedregal de Santo Domingo y le permitió conocerlo más allá de sus estereotipos. Erick Sebastian cuenta la libertad que le transmite la ciudad después del desencanto que de niño le provocó al llegar, junto con su familia, desplazados por la violencia del crimen organizado en Morelia, su ciudad natal. Desirée Mestizo construye un mapa en el que se entrelazan los recuerdos y la amistad, y que da cuenta de cómo “la familia elegida” permite tejer un hogar en un espacio desconocido. En el siguiente ensayo, Tristana Pérez comparte su arraigo por la Ciudad de México, donde están sembradas las semillas de su afecto, a pesar de haber nacido en París.

El siguiente es un poema de Itzel Espinosa; “Época de lluvia” nos transmite el hastío y la resignación que nos invaden cuando la lluvia vuelve insoportable atravesar la ciudad. Luego viene un ensayo de Dorian Huitrón Álvarez: su “Defensa del peatón” es un conjuro a la calma, esa mítica criatura casi imposible de encontrar en las grandes urbes. Sigue María Villa con “Caída”, una minificción que le hace guiños al hito chilango de la nota roja: el niño que vio demasiado. En un ritmo totalmente

POESÍA

NARRATIVA

ENSAYO

ENTREVISTA

RESEÑA

ILUSTRACIÓN

FOTOGRAFÍA

CÓMIC

opuesto al peatonal, Joaquín Martínez nos habla de la “Metafísica del estacionamiento”, la otra cara de un sistema en el que moverse, con prisa y sin pausa, es condición de supervivencia.

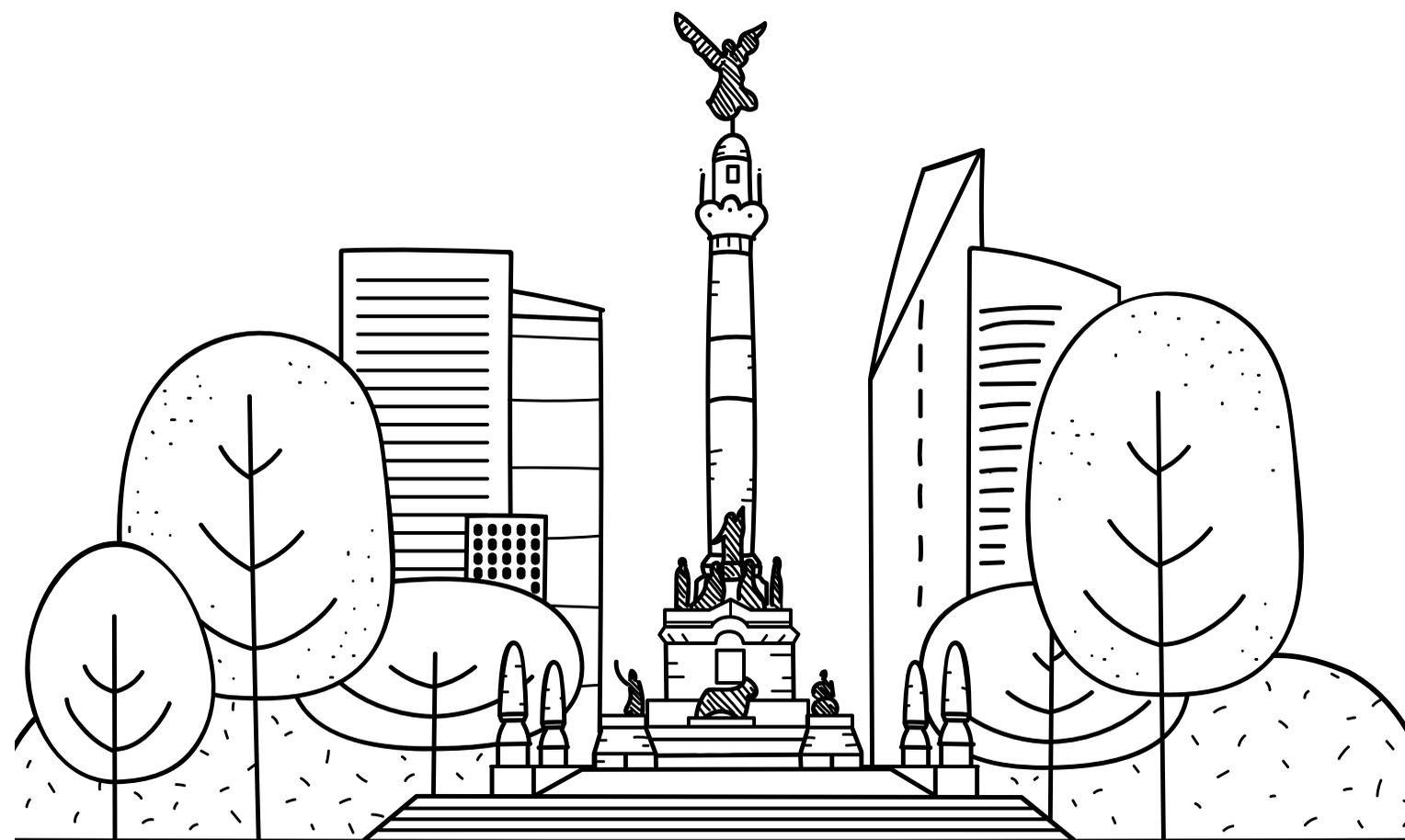
En el cuento “Dios nunca muere”, Luis Antonio Viniegra relata una tragedia a través de un alucinante coro de voces en el que se sobreponen el pasado, el presente y el futuro de la familia Viniegra. Después, en “Pitochelas, doriesquites y pepinos locos: la vanguardia gastronómica de los chilangos”, Alexis Aparicio Díaz habla de la extravagancia de la comida ambulante: para todos los bolsillos, para casi todos los paladares, siempre a la mano. Sigue un poema de Itzel Avilés García, “Mi hermana corre por toda la ciudad”, sobre la angustia de perderse, sentirse minúscula y lenta. Después sigue una crónica de Sebastián López sobre un imperdible de la ciudad: la lucha libre, y cierran el dossier dos poemas de Alejandro Carnicero: “Nocturno de San Cayetano” y “México, Distrito Funeral”, sobre los espacios de la fe y la memoria.

En el Carrusel de este número tenemos una colaboración de María Miranda Rocamora para Heredades, se trata de una semblanza biográfica de Concha Méndez, escritora y editora que forma parte de la generación del exilio español y que siguió cultivando en la Ciudad de México su libertad creativa. Para Entre voces Ofelia Ladrón de Guevara conversó con Cecilia Miranda Gómez sobre *De las formas escondidas tras las piedras*, una instalación en la barda con la que el Museo de Arte Carrillo Gil recibe a sus visitantes. En Bajo cubierta Marisol Luna Zapián reseñó *Murciélagos*, primer libro de Clemente Guerrero, poeta originario de Iztapalapa, y Abril G. Karera comenta *El libro y la lectura en el Estado de México*, un importante trabajo de diagnóstico del ecosistema lector en dicha entidad. Cierra el número con un cómic de Livo Malo sobre la esperanza que alberga esta ciudad a pesar de todo. Acompañan a estos textos los collages de Karla Paola Florido Ortega y las cartografías históricas de Blanca Luz Alaniz, los estudios de textura y arquitectura de Fabián Parra, los monumentos icónicos de Daniel Bolívar, las escenas en el transporte público de Carmina Quiroz y una estampa inconfundible que da rostro a este número, obra de Melissa Delgado.

Como varias personas en este número, yo también soy una foránea que sentó cabeza aquí sin proponérselo. Si me lo permiten, cierro esta bienvenida de la mano de César Vallejo, con una suerte de mantra para quienes tenemos el corazón repartido en varias ciudades: ¡Alejarse! ¡Quedarse! ¡Volver! ¡Partir! Toda la mecánica social cabe en estas palabras. 

Aranzazú Blázquez Menes

CIUDAD DE MÉXICO





Las cuatro nobles prácticas en la iluminación chilanga

JOAQUÍN DE LA TORRE

CONTRARIO A LAS ENSEÑANZAS milenarias de Buda y otras religiones orientales, los habitantes del ombligo de la luna seguimos aferrándonos al mundo material. Sobre todo, cuando viajamos en transporte público, insistimos en sujetarnos con ambas manos de cualquier objeto sólido. No importa que el pasamanos oxidado del microbús se quiebre, como oficinista en sesión de *coaching*, durante una curva. Aprehendernos a un fierro carcomido por las lluvias y la falta de mantenimiento siempre será preferible a salir volando por la puerta del transporte público. (A menos —cabe aclarar— que tu mano de *varón lomo plateado* roce accidentalmente la del congénera.) Y a pesar del credo de muchas religiones occidentales, este apego a lo material en nada se opone a una visión espiritual de la existencia. Al menos no para el mexicano que habita la jungla de concreto erguida sobre el pantano de la antigua Tenochtitlan.

La mayoría de las personas que provienen de otras latitudes, sobre todo extranjeros, siguen sin comprender qué motivó a nuestros antepasados para erigir el gran imperio tenochca en medio de un lago, en lugar de peregrinar unos cuantos kilómetros más hasta encontrar tierra firme y con menos movimientos tectónicos. Francamente, hay bastantes paisanos que tampoco se lo explican, y el mito de que fue un mandato que una divinidad bélica manifestó a través de un sueño tampoco resulta un argumento convincente. Mucho menos justifica las razones por las cuales la capital del país se mantuvo asentada en el mismo lugar tras la conquista española, después de la Independencia, al concluir la Revolución y durante los sucesivos cambios de administración.

Posiblemente no haya respuesta certera, pero tampoco se debe a simples descuidos o mera *hueva*. En mi opinión, este gesto de permitir que, año con año, la capital del país se hunda en un socavón responde más bien a una manifestación espiritual que muchos han aclamado como *valemadrismo*. Si nadie cuestiona la doctrina filosófica y religiosa de Siddharta Gautama, cuya práctica incluye sentarse a contemplar la propia existencia durante horas, tampoco hay motivo para que se desprecien las razones místicas que tuvieron los mexicas al levantar una ciudad imposible sobre un lago. Por el contrario, esta vorágine entre fe e ingeniería denota la constancia antequísima con la que hemos practicado nuestra espiritualidad sin importar la religión en turno que se profese en los alrededores. Para darle una dimensión temporal a esto, hay que recordar que nuestras costumbres comenzaron en el siglo XII, mientras que las prácticas místicas del budismo se abrieron paso hacia el hemisferio occidental hasta el siglo XIX. Es decir, el turismo europeo que se realizó a Bodhgaya en busca de un cese al dolor inició cuando nosotros ya teníamos casi ocho siglos perfeccionando

el arte de soportar terremotos en predios pantanosos, inundaciones incontenibles y —no conformes con este calvario— de disfrutar del picante en los manjares por el mero gusto de sazonar religiosamente la garnacha de cada día.

Incluso, desde la época colonial, tenemos registros donde consta que los españoles, en su búsqueda por nuevas maneras de llenar el vacío de la existencia, pasaron en algún momento del arte barroco a la elaboración de postres. De ahí que los peninsulares adoptaran el ritual prehispánico de preparar y beber chocolate, aunque ignoraran que la arista espiritual del manjar residía en agregarle chile en lugar de azúcar: un sutil recordatorio en el paladar de que sólo habrá esperanza mientras haya infiernos.

Por otra parte, desde antes de que arribaran los barcos peninsulares, el picante ya era un símbolo culinario del perfecto equilibrio universal que existe en nuestra cosmovisión. Ya sea, por ejemplo, cuando tenemos que elegir entre salsa verde o roja para aderezar nuestros tacos o en la disyuntiva entre las rajitas y el chipotle si nos hemos de inclinar más por la doctrina de las tortas —según los apuntes que he recuperado del filólogo potosino Israel—. Mas este equilibrio no deja de lado la base fundamental: pica sabroso. No obstante, a pesar del balance cósmico, al final de la

Fabián Parra, Tamayo





digestión también habrá un pequeño recordatorio de dolor para remitirnos una vez más a los ámbitos terrenales de la existencia humana. Porque no hay que olvidar que Dios mandó a Jesús para redimir nuestros pecados, con todo y un susceptible tracto digestivo.

Además, hemos impregnado este marcado interés espiritual en la materialidad culinaria al grado de que, cuando viajamos lejos del reino de Tláloc, procuramos hacernos de un kit de supervivencia que incluya una buena salsa o un dulce que pique “rico”. Ni siquiera morir nos aterra tanto como dejar de disfrutar nuestra gastronomía al grado de que nos *valemadre* la ley severa, y cada año regresamos al mundo de los vivos sólo para echarnos un pambazo con harta salsa y su respectivo mezcal. Por si fuera poco, cada primero de noviembre acostumbramos degustar, de manera literal, pequeños cráneos hechos de azúcar con nuestro nombre en la frente. De esta manera es imposible olvidar que para el mexicano siempre habrá, aun después de la muerte, un festivo banquete. No sólo porque queremos encontrarle algún sentido trascendental a la existencia, sino también porque amamos cada aspecto de la vida terrenal.

Hay que aclarar que esta aprehensión nada tiene que ver con banalidades ni mucho menos se trata de un hedonismo burdo. Al súbdito de Tláloc no sólo le interesa el aspecto placentero de la existencia. Por el contrario, desde niños nos enseñan a darle de palos a esculturas hechas de papel maché con la forma de nuestros ídolos hasta destruirlas para celebrar que alguien cumplió un año más de vida. Y quizá, por eso, amamos que nuestros héroes tengan un trágico destino. Nos enorgullece, por ejemplo, que a nuestro último tlatoani —cuyo nombre de por sí ya significaba “el águila que cae”— le hayan frito los pies como flautas de barbacoa; admiramos a un niño envuelto en la bandera nacional que, con apenas 20 años, tuvo el coraje de arrojar desde la torre más alta del castillo de Chapultepec para salvaguardarla de *Masiosare*; cada cuatro años alentamos a nuestra selección de fútbol, a pesar de que sus tripulantes hayan naufragado en la órbita del agujero negro de la galaxia elíptica central Yamerito 2-0-2-6; incluso nos resulta más carismática la villana de una telenovela que la protagonista. Principalmente porque tuvo la fortuna de morir dos veces de manera trágica: la primera cuando termina siendo defenestrada y, 15 años después, cuando quedó calcinada en un intento fallido por vengarse de esa “maldita lisiada”.

Tampoco debemos olvidar la composición de nuestro escudo nacional, el cual no podía ser sino dos animales luchando a muerte sobre una cactácea. Una adoración por este símbolo al grado de que hemos elaborado centenares de platillos con base en ese espinoso vegetal, signo de orgullo e identidad. Si eres lo que comes, entonces los mexicanos somos una planta que sólo crece contra la adversidad, en medio de climas rocosos y áridos. Y ni hablar del placer que es degustar sus dulces frutos aunque nos espinemos la mano. Al final de cuentas, como canta Jorge Negrete, la mayor parte del tiempo “yo soy mexicano y orgullo lo tengo/ nací despreciando la vida y la muerte”. En pocas palabras, al mexicano le encanta agregarle limón y chile del que pica a las heridas más profundas. De lo contrario, este breve drama que es la vida nos resultaría insípido.

No es extraño entonces que millones de adeptos sigan peregrinando a la región más transparente en busca de respuestas, a pesar de la sobrepoblación y de la inestabilidad de sus terrenos. Como versa aquella canción infantil, sumamos más y más elefantes, con una insólita alegría, a la frágil telaraña que es esta jungla de promisión. Y para hacer sentir como en casa a cada nuevo inquilino, hemos acaparado las más diversas garnachas habidas y por haber en la patria. Es cierto también que hemos intentado perfeccionarlas junto con nuestras prácticas espirituales hasta alcanzar niveles inimaginables. Por ejemplo, no nos limitamos a rellenar las quesadillas únicamente con queso de la misma manera en la que hemos aprendido que la existencia humana no está determinada ni tiene un único propósito.

Esta consonancia espiritual que hemos alcanzado puede confirmarse si uno se asoma al transporte público. Es bien sabido que cualquier Metro ciudadano está diseñado para destruirlo, a puño limpio, el espíritu a sus usuarios más frecuentes. Como señala la escritora Fran Lebowitz, al Dalai Lama le bastaría con un solo viaje en el Metro de Nueva York para convertirse en un lunático furioso. De igual manera, cualquier brahmán védico se asombraría al contemplar las numerosas posturas que los mexicanos hemos improvisado en el arte de meditar, no sólo en los vagones del Metro, sino también en las combis, los camiones y los peseros.

Y a pesar de que aún hay varios detractores al interior de la república —y qué bueno—, también existen foráneos que afirman la existencia de cuatro nobles prácticas para alcanzar la iluminación chilanga: pedir una quesadilla con queso, hablar *mántricamente* —o cantadito como se dice vulgarmente—, obtener inmunidad total en el estómago contra la garnacha callejera. Sin embargo, la cuarta es quizá la más difícil de explicar, pero una amiga proveniente de Tamaulipas tiene cierta anécdota esclarecedora: ella afirma que se convirtió en una auténtica chilanga aquella tarde de verano en la que viajaba en el Metro. Era hora pico y se sentían más de 35 tropicales grados dentro del vagón. De pronto, un aroma agrio llamó su atención, y sólo entonces se percató de que, por su pequeña estatura, llevaba 20 minutos bajo la axila de un hombre de dudosa higiene que se sujetaba del mismo pasamanos. Sin embargo, al verse incapacitada para desplazarse de lugar por el amontonamiento de personas, el primer pensamiento que fluyó por su mente ante aquella penitencia fue un simple: “mña, podría estar peor”.

Nadie duda del valor que tiene la palabra de Buda Gautama, la cual ha brindado tranquilidad a millones de personas a lo largo de la historia. Además, gracias a sus lecciones la gente ha sido capaz de alcanzar el nirvana, y nos ha mostrado que la existencia no es un valle de lágrimas. Por el contrario, según sus palabras, cada persona tiene el potencial para cesar el sufrimiento. Pero también es cierto que, por estos lares pantanosos, hemos alcanzado nuestra propia y muy particular iluminación desde tiempo atrás. Por ejemplo, un esquite con limón y chile es suficiente para aderezar un cielo nublado o, en el peor de los casos, nos basta un bolillo para deshacernos de toda angustia y todo mal humor que nos aqueje cuando el Popocatepetl, Pinotepa Nacional o la placa de Cocos pongan en riesgo nuestra breve y promisoría existencia.



Ciudad cochinota

ÁNGELA ALMENDRA ALMONACI BUENDÍA

Para Evelyn, que ya sabe qué hora es

I

La torre latino y yo queremos lo mismo.
Tan altas, singularizadas las dos.
Centro y oriente,
corazón y el lado
que siempre escojo del vagón:
el cristal puesto de frente
y la frente apoyada en el cristal.
Queremos tocarnos,
derrumbarnos al mismo tiempo.
Queremos ser pedazos pequeños
para entrar en el bolsillo de alguien.
Queremos que nos lleven lejos.

II

Las tumbas
en medio de la carretera
(esas pequeñas cruces con nombres
que no da tiempo de leer,
por las cuales jamás se fuerza la vista)
son los árboles más bonitos que existen.

III

Estoy cansada.
Dormiría abrazada del metro.
Sería su gato
que le ronronea en el pecho.
No me importaría
volverme la mascota de algún tren
en la ciudad de México.

IV

Soy una gasterópoda en el metro de la cdmx.
Una de hace millones de años,
una que no fue clasificada.
Soy
sin nombre científico,
sin especie, sin género,
sin clase, sin reino, sin filo,
sin familia.

Imponente caracola babosa
cargando mi caparazón, mi casa.

Algún día
todas las personas me van a pisar
hasta borrarne.

V

Raras veces me detuve
para constatar lo afilado del cuchillo,
para ver el reflejo de mis ojos en sus bordes.
Rara vez me detuve a contarle los dientes
a la sierra de mi arma favorita.
Rara vez fui consciente
de que la herida ya estaba marcada de tanto atravesarse.
Hoy
por primera vez,
por rara vez,
le presto atención al cuerpo que tengo frente a mí.
Pero él no me mira.
En cambio, mira al cuchillo
y le ofrece un letrero enorme que dice:
“BIENVENIDO”.





Casa lejos de casa

GISELLE GONZÁLEZ CAMACHO

“MEJOR NO BUSQUEN DESPUÉS de Delfín Madrigal, no es lugar para señoritas”, nos decía la casera canosa y bonachona a mi madre y a mí, mientras nos mostraba el cuarto en el que apenas cabían una cama y una mesa plegable. Yo no había cumplido siquiera los 18 años y acarreaba conmigo una maleta con más libros que zapatos. Después de la travesía de conseguir un lugar en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, había que ver de frente el verdadero problema: conseguir una habitación en la Ciudad de México. Hacerse un lugar para habitar esta ciudad terremoto, que hasta ese momento había sido mi sueño más ambicioso.

Era el verano de 2015 y mi madre y yo recorríamos los alrededores de la universidad sin tener mucha idea de dónde estábamos paradas. Veníamos del sur de Chiapas, de la costa, de una ciudad con menos de medio millón de habitantes. La idea de una mujer joven viviendo sola no parecía la mejor para mi mamá. Así que accedió a las recomendaciones y me dio la bendición y un beso en la frente en una unidad habitacional clasemediera al lado de la que se construía uno de los centros comerciales más exclusivos del sur de la ciudad. Aunque la reja alta, el portero y las paredes blancas le daban a mi familia una sensación de confianza y seguridad a más de 900 kilómetros de distancia, la realidad es que la vida no resultó tan apacible. Mientras estaba acostumbrada a encontrar tiendas a unos cuantos pasos, a saludar a los vecinos sentados en las banquetas, y a los mercados y tianguis, la ciudad me puso de frente una avenida de seis carriles, crema empaquetada y tortillas de supermercado. ¿Cómo amoldarse a la conveniencia y rapidez urbana? Todo parecía apuntar a que tenía que renunciar a lo que conocía para adaptarme y sobrevivir a mis nuevos días.

Lo inevitable sucedió y pronto me caí de la nube del sueño ciudadano. Tres meses después de haber llegado, me vi en la necesidad de volver a buscar urgentemente un lugar para vivir. Una búsqueda en páginas de *roommates* me llevó a encontrar una oportunidad en esa

colonia que la señora canosa y bonachona veía con desdén. “Tres semáforos sobre Eje 10 después de Copilco y subes sobre Anacahuita”, dijo el casero detrás del teléfono. “Eso es Santo Domingo”, me dijo mi entonces novio. Mi mamá confió en mi primera decisión adulta, y de nuevo me encontraba moviendo maletas con más libros hacia mi nueva casa.

Ciertamente Santocho, como le dicen sus amigos, puede no generar una buena primera impresión: hay avenidas con poco alumbrado público, callejones rebuscados en los que no se puede caminar de noche, consumo de drogas en los espacios públicos. Me habituaba a la colonia cuando la dueña de un negocio en el que solía comer los domingos me dijo: “Nosotros cuidamos a los estudiantes porque son nuestra fuente de ingreso. Quitense la pena, yo voy a decir que son mis sobrinos para que no les hagan nada”.

Entendí entonces que existían *grosso modo* dos grupos: los residentes locales y los recién llegados —mayoritariamente jóvenes universitarios—. Y es que la historia misma de Santo Domingo exige que la dinámica sea así: o eres de las familias de los pobladores que erigieron la colonia con sus propias manos o no. Los pobladores originarios se autoorganizaron para luchar por todos los derechos de su comunidad: la propiedad de la tierra, la pavimentación, la electricidad, el agua. No había nada en Santo Domingo que no tuviera detrás una historia de protesta, un triunfo ante la autoridad y la represión.

El Pedregal de Santo Domingo nació en los setenta cuando familias migrantes de distintos estados del interior de la república y de la periferia de la capital tomaron el espacio y erigieron sus casas ahí. Este origen coincide, precisamente, con el hecho de que es una de las colonias que más recibe nuevos habitantes de todas partes del país y cuya vida transcurre en Ciudad Universitaria. Los colonos construyeron un patrimonio sobre los ríos de piedra volcánica que alguna vez escuchó el volcán Xitle. Con los años, las pequeñas chozas de

cartón y lámina se convirtieron en hogares multigeneracionales y en viviendas de renta para los estudiantes. Esos mismos estudiantes que durante la fundación ayudaron a delimitar y medir terrenos, y estuvieron del lado del movimiento social.

Conforme pasaba el tiempo, las sombras que cubrían las zonas desconocidas se iban iluminando: el tianguis de los sábados, la iglesia de Cristo Rey, el parque cerca de Papalotl, la panadería de Coyamel... Y también se desarrollaban las temporalidades: la feria de agosto que siempre terminaba con un sonidero, las peregrinaciones, la celebración de la fundación de la colonia. Todos participaban en la organización y festejo de sus tradiciones. A diferencia de otros espacios de la Ciudad de México, la sensación de comunalidad en Santo Domingo era especial. Pero no hablo de la idea fetichizada de comunidad en la que todo el mundo está de acuerdo y coopera sin resistencia, sino entendida como un grupo de personas con origen compartido y una inmensa disposición a la reciprocidad.

Vi directamente el concepto de comunidad en acción, la solidaridad ejercida, cuando durante la emergencia del sismo de 2017, las tienditas y microbuses se organizaban y se ponían al servicio de quienes habían sido afectados. Vi a una comunidad que se sabía tal al cocinar ollas gigantes de arroz y guisos para enviarlas a los lugares en los que se necesitaba. Una comunidad que reconocía lo que una vez necesitó de otros y ahora devolvía lo recibido.

También entendí ahí que la seguridad nace de la confianza entre quienes habitan un espacio común: aprendí a transitar y moverme en Santo Domingo sin miedo porque sabía el nombre de mis vecinos, reconocía las calles y las rutas, y aprendí a leer el barrio. A identificar sus movimientos, sus sonidos y rincones.

Yo, que me había sentido sola y aislada al llegar a la Ciudad de México, construía de a poco una red de apoyo indispensable en los años universitarios: el señor Moreno, que me dejaba pagarle después en la tiendita de la esquina cuando el dinero escaseaba; la taquería mixe, que me salvaba en las noches de desvelo; la señora Coco, que me daba sopa para tener algo de comer cuando enfermaba; don Gallo, que me preguntaba cómo estaba los días más pesados del semestre.

Las amistades que vivían cerca compartían historias similares a la mía: habíamos dejado nuestras casas

para estudiar, en algunos casos éramos los primeros de la familia en ir a la universidad, y nos acompañaba el deseo de terminar una carrera. Así nos apropiamos también de los pocos cafés, los restaurantes pequeños y los puestos itinerantes de micheladas y hamburguesas. Mientras caminábamos, había otros como nosotros, con los mismos sueños, que habían encontrado un hogar en ese mismo espacio.

La aventura por el Pedregal de Santo Domingo duró cuatro años, y todavía me acompaña a la distancia. Descubrí ahí lo que otras partes de la Ciudad de México no pudieron mostrarme, y encontré un espacio no sólo para construir una personalidad y vida propias, sino para ver directamente algunos de los problemas profundos de la capital que afectan a quienes son originarios, pero también a quienes deciden mudarse a ella.

Hago un esfuerzo por no ver a Santocho con los ojos traicioneros de la nostalgia: es una de las colonias más inseguras de la alcaldía Coyoacán, había noches con balazos y persecuciones policiales, había que caminar en grupo por ciertas zonas y modificar rutas en ocasiones. Es un territorio que ahora se enfrenta a la gentrificación provocada por el descontrolado desarrollo inmobiliario, y que paradójicamente se transforma a gusto de los estudiantes que significan movimiento económico para la colonia. El manto acuífero está en peligro por las plazas comerciales que se construyen en el perímetro. El transporte, aunque diverso, está descuidado.

Sin embargo, sobre todo, se erige en mi memoria lo que aprendí entre el Eje 10 y avenida Aztecas: la ética del esfuerzo, la necesidad del cuidado para cohabitar un espacio, el sentido de pertenencia que mueve el actuar cotidiano. Santo Domingo resulta entonces la *tierra prometida*, no sólo porque así lo fue para sus habitantes originarios, sino para quienes sueñan con hacer una vida en la Ciudad de México. Un lugar rudo, al que hay que aprenderle los modos, pero, ante todo, hospitalario. Ante la *ciudad monstruo*, el Pedregal se apareció como un espacio no sólo para vivir, sino para abrirme paso entre la oscura selva que es la adultez. Ahora, años después, cuando veo ese momento de mi vida sólo pienso que quizás todo lo bueno de esa época lo encontré más allá de Delfín Madrigal. 📍



Cualquiera puede entrar, ninguno puede salir

ERICK SEBASTIAN

CUANDO EL DESPLAZAMIENTO FORZADO INTERNO (DFI) arrastró a mi familia a la Ciudad de México en 2012, yo tenía nueve años. Cada noche en el apartamento H —que no era nuestro— yo esperaba que llegaran mis padres, pero nunca lo hicieron. Mis padres se quedaron en Morelia, a la capital llegaron Ethel y Eriberto. Incluso dejé de referirme a ellos como “mamá” o “papá” y comencé a llamarlos por sus nombres, una ignominia enorme para ellos que crecieron hablándole de *usted* a sus progenitores.

No eran los mismos, o tal vez yo cambié. Estaba furioso con ellos por traerme a una ciudad que me hacía sentir enfermo todo el tiempo (no estaba acostumbrado a la calidad del aire), por haberme alejado de mis amigos del Instituto Integral Gestalt, y por hacerme cambiar una casa de dos pisos con habitaciones individuales por un cuarto prestado que compartíamos entre todos en el apartamento de una tía sobre Eje Central. Claro que en ese entonces yo no entendía que ellos tampoco tuvieron opción, me di cuenta con el paso del tiempo.

La mayoría de las cosas que pasaron en esa época las entendí muchos años después leyendo a escritoras como Ángeles Mastretta, Fernanda Melchor, Inés Arredondo o Dahlia de la Cerda. Mis papás nunca me las explicaron. “Estabas muy chiquito, creíamos que no te dabas cuenta” me dijo mi mamá hasta que cumplí 21 (este año) y se dio cuenta de que conservaba recuerdos muy vívidos de nuestra vida en Morelia: las cuotas que pedían los Zetas, el bloqueo de avenidas transitadas para la quema de autos, las narco-mantas, las balaceras, el atentado granadero del 15 de septiembre en 2008...

Normalicé tanto la violencia que rodeó mi crianza que incluso en la actualidad me cuesta trabajo entender las caras que ponen mis compañeros, amigos o conocidos cuando les cuento algunas de estas experiencias. Les quiero explicar que es bellissimo el Centro Histórico de Morelia, que no hay monumento en la capital que compita con la belleza de la Fuente de las Tarascas, que la comida de allá es deliciosa; pero no lo entienden.

No me quejo porque yo tampoco los entiendo cuando me dicen que han pasado toda su vida en la misma colonia, cuando me dicen que toda su familia lleva generaciones acá o que sus tacos favoritos son los de pastor. Cuando yo llegué a la Ciudad de México (que en ese entonces aún era el Distrito Federal) me encontré con un ambiente cosmopolita que me abrió los ojos de una forma brutal, pero a los nueve años y con unos padres indispuestos a orientarme, no lo entendí.

He tenido oportunidades de regresar a Morelia y de mudarme a otros estados, pero no las he tomado porque la Ciudad de México me atrapa. He coincidido con personas de Chihuahua, de Tijuana, de Guadalajara que ahora residen en la CDMX y todos tenemos en común que odiamos la comida, la contaminación, los “malos

modales” de los capitalinos, la prisa con la que se vive la ciudad, pero seguimos aquí, no nos queremos ir.

Me comporto con la ciudad como me comporto cuando me gusta un chico: lo miro feo, lo critico con mis amigos y hago todo lo posible por no dejarle saber que me gusta (porque eso le da poder). Aunque es evidente que estoy a sus pies, que me encanta y que estoy dispuesto a ignorar todos sus defectos con tal de estar con él. Y creo que así nos pasa a la mayoría de residentes de la ciudad que no nacimos acá.

La Ciudad de México me enseñó lo que mis padres no pudieron. Me abrió horizontes de diversidad que fuera de ella nunca hubiera descubierto: religiosos, sexuales, de clase social, étnicos, etcétera. Estoy seguro de que si me hubiera quedado en Morelia sería un *niño golf* pretendiendo ser heterosexual y estudiaría negocios, contaduría o administración. Esa versión de mí odiaría la persona que ahora soy, pero la persona que ahora soy también odia esa versión hipotética. Estoy muy agradecido de no haberme convertido en ella.

Ahora que resido acá desde hace 12 años, la gente de Morelia reniega de mí. “Ya llevas mucho tiempo allá” me dicen, como si estuviera faltando a un principio intrínseco de mi tierra natal; en cambio, mis compañeros de universidad me dicen que ya no cuento como foráneo, que ya soy chilango. Les digo que no, que cómo creen, pero en el fondo yo también lo sé.

Le saco provecho a todo lo que está en la Ciudad de México y que no encuentro en ningún otro estado: la centralización cultural, académica y comercial. Estudio en la UNAM, voy a conciertos, ferias del libro, exposiciones de arte cuando puedo, y me gusta tomar avenidas grandes como Tlalpan, Dr. Vértiz y Periférico para ver a la gente. Y me gusta, aunque nunca lo admitiré en voz alta (esto no cuenta porque es por escrito).

La Ciudad de México (como cualquier capital) tiene más hijos adoptivos que legítimos, hijos que reniegan de ella como si no fuera la mejor oportunidad que se les ha presentado en su camino. Pero una vez que entras, ya no puedes salir. Se fusiona la magia chilanga con tu espíritu de forma imperceptible, y cuando regresas de visita a tu tierra natal el ritmo de vida, el silencio y la monotonía aburren. La Ciudad de México te atraviesa el cuerpo en cuanto la pisas, tanto que asusta. Es un monstruo y te puede comer. **P**

Fabián Parra, *Ajeno a mi vista*
acontece el mundo





ENTRE AMORES Y LA PIEDAD

DESIRÉE MESTIZO

*El tiempo que le robamos a la noche
se lo pagamos al asfalto (...)
Es la ciudad la que desaparece, no yo
Diles que no me maten*

a Daniela Rivera, en cuya ternura habito

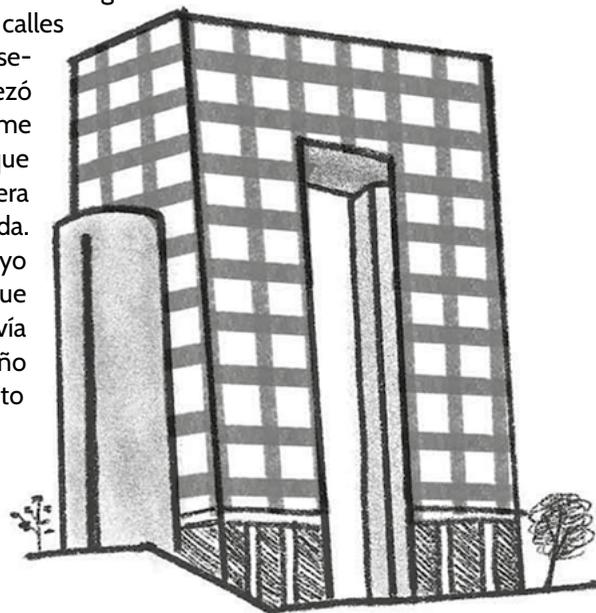
VIVO JUNTO A LA AVENIDA. Desde mi ventana la copa de un árbol logra desdibujar la silueta azul brillante del World Trade Center, del otro lado se extiende una serie de edificios hasta el final de la cuadra; el de la esquina con herrería rosa y paredes color crema está inclinado, como desbordándose. A veces un hombre se sienta a tocar el acordeón bajo el árbol y el sonido inunda mis tardes. Las mañanas de domingo llega a mi habitación un olor dulzón que se desprende del puesto de birria de la planta baja del edificio. El alba se filtra entre las cortinas, el rumor de los motores logra colarse a mis sueños. Veo a la ciudad destellar desde mi ventana. Mientras se reinventa la noche me entrego ante la inmensidad.

Un departamento en un edificio sesentero sobre a la avenida Xola, entre las estaciones de metrobús Amores y La Piedad: éste fue mi segundo domicilio en la Ciudad de México, pero el primero que sentí como mi hogar. No sé cómo llegué a este punto. Quizás fue desde que comencé a transitar las calles de la colonia sin tener que consultar un mapa, desde que la señora del puesto en donde compro fruta en el mercado empezó a reconocermé y regalarme rebanadas de piña, y el panadero me pregunta si volveré a Veracruz durante los veranos, o desde que Aurora, una estudiante de artes de Monterrey que además era mi compañera de vivienda, se volvió indispensable en mi vida. Lo cierto es que no sentí mía la ciudad hasta que Daniela y yo pasamos cada tarde de domingo siendo confidentes, hasta que Alejo comenzó a invitarme a comer pasta cada vez que volvía de un viaje, hasta que hice pay de maracuyá para la cena de año nuevo en la ciudad con mis amigos, mi familia elegida. Siento como propia esta ciudad porque me cobija la amistad.

*

He vivido suficiente tiempo en la Ciudad de México para poder recopilar una amalgama de memorias cada vez que

 Daniel Bolívar



camino por ciertas calles, una especie de cartografía de recuerdos.

Astrónomos, esquina con avenida Progreso

Daniela y yo nos tomamos de la mano al cruzar la calle, corrimos ebrias, el aire frío chocaba contra nuestras mejillas calientes. Nos dirigíamos hacia un *rave* en la Juárez, a bailar hasta que amaneciera o hasta que nos dolieran los pies. Ese día reímos tanto que parece que nuestras risas quedaron sepultadas en el asfalto.

Ignacio Mariscal, Tabacalera, Cuauhtémoc

Cada vez que salgo de Metro Hidalgo pienso en el alfajor que me trajo Lia del aniversario de Mar del Plata, el dulce de leche cubierto de chocolate amargo con granos de sal de mar, y haberlo compartido con Daniela y Elizabeth mientras estábamos formadas para entrar al lugar en el que terminábamos cada fin de semana. También recuerdo cuando C. me llevó a un club de ajedrez 24 horas en la víspera de mi cumpleaños 21; mientras señores antipáticos murmuraban a nuestro alrededor, uno de ellos insistió en ayudarme a empatar con C. A unas calles Daniela y yo nos dijimos que nos amábamos por primera vez mientras tocaba BLACK MIDI. Hace poco Alejo trajo a una amiga suya de visita desde Medellín, la dejamos atrás mientras caminábamos sobre Ignacio Mariscal en lo que nosotros considerábamos una velocidad normal; creo que es una manera de ilustrar el efecto que produce la Ciudad de México.

Avenida de los Insurgentes Sur, esquina con Chilpancingo Tehuantepec

Un jueves de verano regresaba a casa caminando sobre Insurgentes junto a Aurora, aún envueltas por el estupor de una noche llena de agravios nos detuvimos junto a un columpio afuera del metrobús Chilpancingo, decidimos turnarnos para que ambas pudiéramos mecernos. Aurora comenzó a narrarme su adolescencia e hizo un recuento de todos sus empleos pasados y sus planes a futuro; esa noche nos prometimos que jamás deja-

ríamos de frecuentarnos. Sobre la acera contraria me tropecé en febrero mientras escuchaba el primer disco de Rosario Bléfari, traía una minifalda gris de tartán que se manchó con la sangre que brotaba de mis rodillas. En la esquina está el Seven que sirvió como punto de encuentro el último día que R. y yo fuimos amigas.

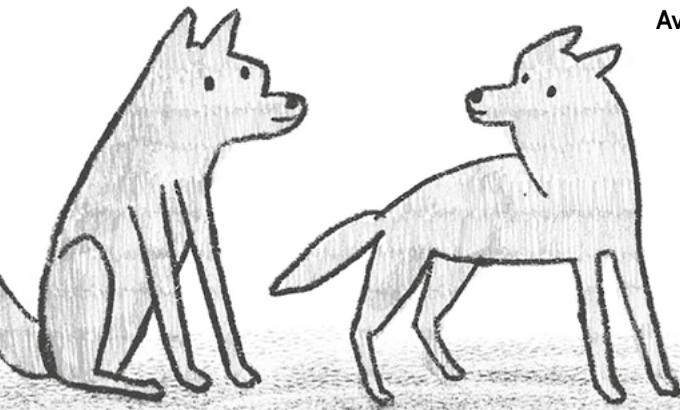
Parque México

Sentados en la explanada del parque México, Ricardo me notificó que lo habían aceptado en el doctorado de Escritura Creativa, y que dejaría el país en un par de meses. Después de un rato de insistir me contó, comiéndose un churro, que estaba escribiendo sobre la erupción del volcán Nevado del Ruiz, que destruyó la ciudad natal de su padre. En la misma explanada me citaron Rafa y C. una madrugada de septiembre; platicamos un rato mientras buscábamos un *after* bajo la única estrella que resplandecía en el cielo (como es propio en las noches de contingencia en la Ciudad de México). Rafa tomó una foto analógica que lo inmortaliza.



Eje Central, Lázaro Cárdenas, esquina con avenida Xola

Eje Central conecta los departamentos de mis dos amigas más cercanas; también era el punto medio entre mi casa y la casa del último chico del que me enamoré. A unos minutos queda el parque Las Américas, que entre interminables conversaciones he transitado junto a Ricardo, Pau y Gretel. En ese mismo parque tuve una ruptura, nuestras miradas dejaron de cruzarse mientras el sonido de una clase de zumba arremetía contra la escena. Fue esperando el trolebús en Centro scop que abracé a Aurora mientras lloraba camino al concierto de Xiu Xiu, ambas nos sentíamos acorraladas entre compasión y fragilidad.



Avenida Coyoacán, esquina con Rafael Dondé

A un lado del parque María Enriqueta Camarillo besé por primera vez a un chico que tenía un tatuaje de un insecto entre el dedo índice y el pulgar, después de prometerle que no me dejaría intimidar por la escena local. A unos cuantos metros, en una banca de concreto con el grafiti de una mariposa morada, una vez me tiraron de un balonazo *Slouching Towards Bethlehem* de Joan Didion.

Cabe añadir que la poeta cuyo nombre lleva el parque nació en la misma casa que mi madre en Coatepec, Veracruz. Justo en la esquina hay un puente plateado en el cual recuerdo a Sergio de pie cuando vino a visitarme desde Morelia; mientras fumaba, el humo se entretaña con la noche.

Luz Saviñón, esquina con diagonal San Antonio

En el parque Mariscal Sucre Aurora, Sergio y yo nos sentamos a tomar caña un lunes por la noche, oscilando entre chistes simplones y el fulgor de las luces de los autos. A menudo recorro las calles aledañas hablando con Gretel sobre todo lo que se nos ocurre, parece que nunca nos quedamos sin tema de conversación. Una de mis cosas favoritas es recorrer la ciudad junto a ella, verla transitar con tanta seguridad las calles de la colonia en la que creció. La última vez que caminamos le enlisté los cambios que he notado en mí desde que vivo en la CDMX: "la ciudad te cambia el ritmo, la ciudad te cambia", me dice Gretel con un destello que reflejan sus ojos.

Me entusiasma pensar que con el paso del tiempo las memorias que tengo desparramadas por la ciudad se duplicarán, pero también temo pensar que las que ahora existen terminarán por desvanecerse. Éste es mi intento por preservarlas. 📍



París, CDMX

TRISTANA PÉREZ

COMO CADA SEMANA DESDE que habito un cuarto parisino que me sofoca con el olor a café metido hasta en las grietas de las paredes, respondo a la videollamada de mi mamá con una cobija azul sobre las rodillas, una que me prestó mi exnovio hace muchos, muchos meses, única fuente de calor disponible sobre mi cama.

—¿Me das permiso de hacer algo con tu cuarto acá? —me mira con los labios dispuestos en una línea. Sabe que la idea no me gusta, pero la echa al aire igual.

—No.

—Lulú, no manches —todo con ese acento francés, tantito áspero, tantito cantado, de quien lleva 20 años viviendo en la Ciudad de México—. *C'est comme une chambre morte, là.*

Que es como un cuarto muerto, dice.

—*Je ne manche pas, man!* Es mi casa todavía.

Salvo la integridad de mi habitación mexicana en unos minutos. Le cuelgo después de un *je t'aime*, después de haber pensado en la puerta marrón y blanca de esa habitación cerrada. Condenada. Tal vez, sí, un poco muerta, aunque yo la dejé como la recuerdo: con el sol de la mañana filtrándose a través de la fina cortina blanca hasta estirarse sobre el suelo de madera cubierto con rayones infantiles, con libros empolvados pero organizados a mi manera en cada estante, con una puerta entreabierta para que los gatos pasen a pedirme atención.

Por su ventana, ventana que parece el final de un túnel, solía mirarlo todo. Con mis manitas de niña de siete años dibujé lo que veía por ahí. Fue un ejercicio que repetí conforme fui creciendo, conforme mi hogar cambiaba de color, y conforme mi habilidad mejoraba. Mi edificio está en una esquina, esta esquina, la esquina. Enfrente hay una perfumería a la que nunca entré, y al lado, el camellón con las palmeras de inertes hojas marrones moteadas de verde. Mi visión de la ciudad se limitaba a esos dibujos, a esa esquina que a pesar de estar siempre tachada por los cables de electricidad y contaminada por el polvo del vidrio tenía el don indiscutible de apaciguarme.

Nací en Saint-Denis, ciudad pegada al norte de París que no goza de buena fama. El Tepito francés, vaya. Nacer allá no representa otra cosa más que las caminatas cotidianas de dos kilómetros que hacía con mi papá, desde nuestro departamento hasta la Basílica de Saint-Denis: majestuosa, de pulmones habitados por una luz dulce y aire empedrado. Desde que nos regresamos a la Ciudad de México, a mis tres años, así la recordé, porque así era. Es lo único a lo que mi memoria había podido asirse. A falta de Basílica de Saint-Denis, a falta de Francia y a falta de padres



viviendo juntos, mi papá venía por mí a casa de mi mamá y caminábamos hasta la suya. Empecé a ir a la escuela y a usar el metro a las 6:30 todos los días durante 45 minutos. Desde mis 120 centímetros de altura descubrí un cuerpo de no sé cuántos kilómetros cuadrados a cuyo caos me acostumbré. *Acostumbrarse* no es siquiera la buena palabra: tiré del velo translúcido de polvo y fantasía de mi ventana, jalando y rasgando la tela sin jamás dejar de sentir en los dedos la emoción de palpar lo inabarcable.

Muchos franceses me preguntan por qué me gusta mi ciudad. En la realidad no le doy tintes metafísicos a estos interrogatorios, aunque los tiene. En el momento, me inquieta que mis compatriotas europeos vean el panorama completo; no nada más que lo vean, que lo comprendan; no nada más que lo comprendan, que sepan todo lo que yo sé. Como guía turística lanzo los datos curiosos y describo mis lugares favoritos. Exagero las maravillas como si mi discurso los fuera a convencer un día de ir a la Ciudad de México. Después de las preguntas sobre los narcos, y de regañarlos por decir *la* tequila y no *le* tequila o un *tacos* con *s*, siempre vuelve el porqué formal. El que no tiene mucho que ver con la arquitectura colonial del centro ni las calles de Coyoacán. Haciendo caso omiso de que tengo las dos nacionalidades, por papá chilango y mamá del país de la *baguette*, es cierto que cuando uno habla conmigo debe notar que mi corazón le pertenece a la plaza del Zócalo y a los parques; a la plaza Popocatepetl con su fuente de azul triste y blanco sucio; a los puestos de tacos bañados de grasa en cada esquina y a los camiones de basura que me despiertan los domingos en la mañana; a los tianguis a los que va mi mamá cada que puede, al metro que no funciona más veces de las que sí. (Los parisinos no tienen ni idea de lo afortunados que son con su metro). (También se quejan cuando la calefacción tarda demasiado en activarse en invierno). (Están desamparados cuando hay cortes de agua por un día). (Tampoco hay puestos de tacos. Lo que llaman taco es un burrito o un kebab. Me indigna). (Venden papas picantes que no pican).

Yo tampoco sabía por qué.

Me pregunto si mi mamá sabe el porqué, su porqué. Dejó sus campos franceses por la Ciudad de México hace casi 20 años; decisión azarosa, si me preguntan, producto de motivaciones borrosas que nunca me supo explicar con claridad. Yo digo que no querían a más sociólogos en Francia, y tuvo que buscar en otra parte. ¿Por qué la Ciudad de México? *Pfff... j'sais pas* (equivalente de "quién sabe"). Aterrizó sabiendo saludar, pero con ganas de chambear. Conoció a mi papá poco después, y al poco tiempo se fueron a Saint-Denis. Nací. De vuelta a México. Se separaron, y tal vez por no separarme a mí de mi papá, ella decidió quedarse. Cumplí los 17 y me vine a París a estudiar; mi mamá se quedó allá. Convoco su imagen en mi mente y me aparece en su balconcito con sillas Acapulco y flores, con sus idas y vueltas a Xochimilco, al tianguis, al mercado; pero también con sus chilaquiles rojos que no le gustan muy picantes porque lo francés no se quita tan fácil. Vaya, hasta aprendió a rodar las erres. Las palabras *rojo*, *jarra* y *pareja* todavía le cuestan. Conocí a mi mamá como me conocí a mí porque ambas, en la palidez y en el hablar frañol, nos vimos como seres múltiples, enraizados a la vez en la expresión genética y en el hogar que nos hicimos.

*

Cuando mi papá se enoja o algo le está afectando, sale a caminar. Cuando me pasaba lo mismo, mi papá me llevaba a caminar. Muchas veces nos sentamos en distintos bancos del parque México a comer una paleta de grosella mientras yo lloraba, para luego emprender otra caminata al siguiente parque, a la siguiente esquina, a la otra colonia. No sé qué buscábamos, ni siquiera al día de hoy, en los nombres de las calles desfilando bajo nuestra mirada. Terminé de cartografiar la ciudad como si esas mismas calles fueran las trincheras que iba cavando con mis dolores. Las aterradoras avenidas arterias cargando el flujo de mi propia sangre. Todos los pasos fueron pensamientos que regué sobre el asfalto, levantando polvo y disolviéndose en el aire contaminado.

La Ciudad de México, que la mayor parte de mi vida llamé D.F., se me cosió a la piel y a la lengua y a los ojos, pero con un desfase. Los puntos nos unen por las fronteras nada más. No crecí en Francia, pero casi como si esa mitad extranjera hubiera venido determinada en mis genes con toda la terquedad y orgullo jacobinos, la socialización tan empeñada en la mexicanidad fue incapaz de compensar esta cosa incompleta que soy. Mitad y mitad. Inconclusa en ambos lados. Aquí y allá. Mi herencia parte el cuerpo en dos. La güerita, francesita, muy blanca para ser mexicana; nariz algo

 Fabián Parra, Museo Jumex



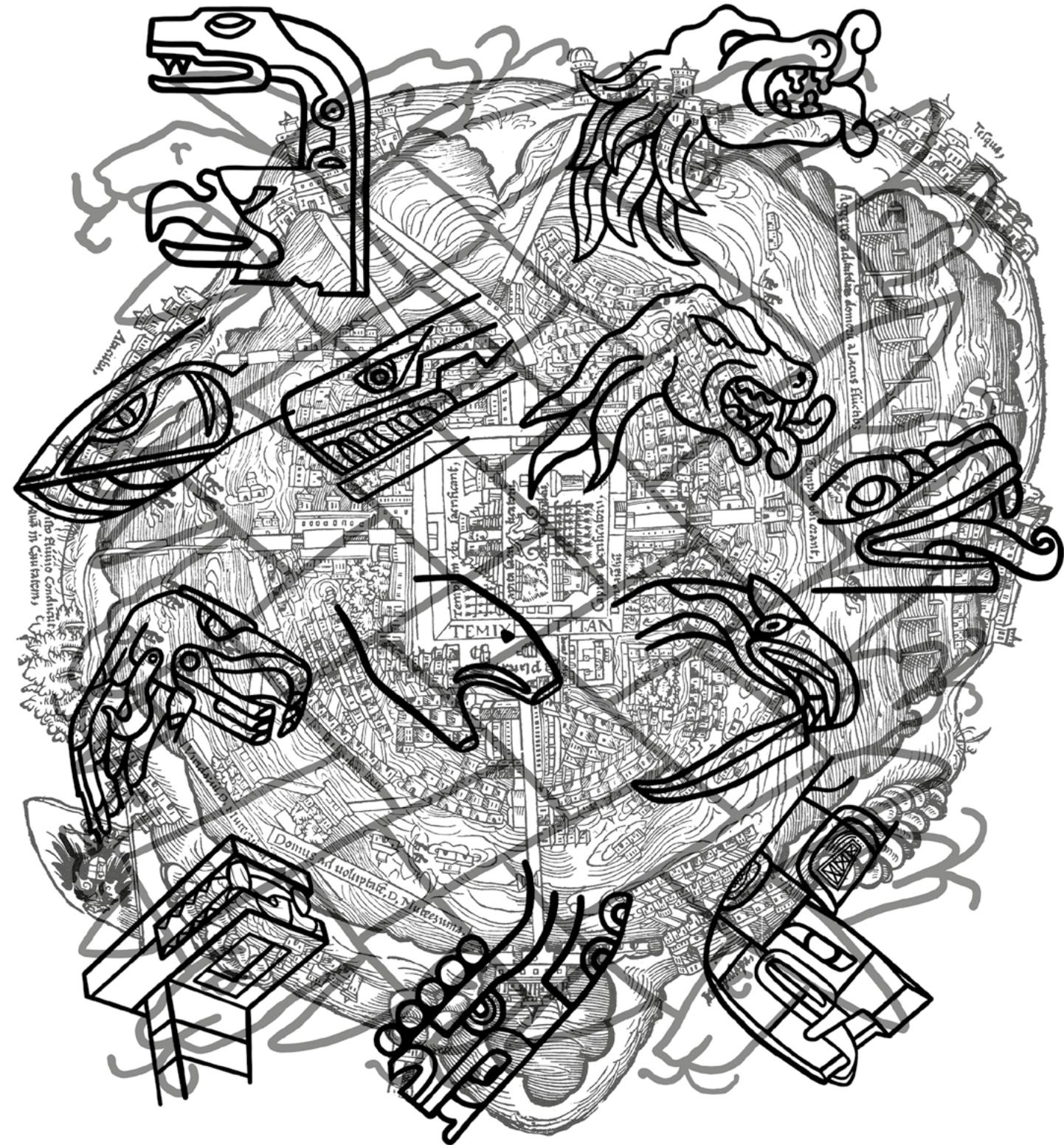
jorobada, cabello muy oscuro y cejas muy pobladas para ser francesa. Mi lengua tampoco sigue todas las expresiones, chistes y decires de mis dos procedencias: como una foránea que apenas habla el idioma. Distancia que olvido entre risas, saliendo del aeropuerto, al tragar una bocanada de aire olor a alcantarilla combinado con gas de tubo de escape.

Ir y regresar: el universal dilema verbal entre las tierras originarias. La familia es lo que colma el espacio vacío, porque es lo que determinó que la Ciudad de México siempre será un regreso. Se escribió en las ramas de mi genealogía que yo tendría que seguir el rastro de ese cariño en todos los cielos y montañas en los que descansara mi cuerpo. Me sorprende, cuando me voy lejos, encontrar sin realmente lograrlo el abrazo de Abu en un atardecer rosáceo tocando la cima de la Torre Eiffel. O pensarme en los brazos de mamá envuelta en mis 11 metros cuadrados. Querer sentir la fuente de la plaza Popocatepetl a la vuelta de la esquina de un edificio Haussmaniano, y a lo mejor esperar la silueta de mi papá dibujando sus monstruos junto a una taza de café del bistró. Camino y platico con las palabras chocando dentro de mi garganta como si él estuviera a mi lado al embarcarme en las avenidas. Las visiones que pueblan el extranjero se convierten en anhelo de volver.

El otro día abrí los ojos con la ansiosa alarma que me avisaba que ya era hora de mi último examen. Me quedé unos minutos recostada. Mi mirada se había dirigido a los retazos azules de cielo, el mismo tono que teñía las mañanas infantiles que pasé en casa de mis abuelos. El abuelo me ponía a cocinar con él con la radio prendida de fondo. Lo único que entendía eran los anuncios de la Comercial Mexicana; en esa época todavía no sabía mucho español, y mis risas tenían el vestigio del francés un poco más fresco. La ciudad se volvió mi casa cuando vi a mi Abu cantar, y al abuelo hacer chiles rellenos. La ciudad se volvió mi casa cuando en su idioma nacieron las palabras del afecto. El cariño de verdad no existe más que en español, y esto no es ninguna figura literaria.

Este apego a la ciudad es tan azaroso como lo que movió a mi mamá a mudarse allá. Podría haber tenido otra vida, podría haber nacido en otro lado, podríamos habernos quedado en Francia. Las cosas tal y como fueron hicieron que la Ciudad de México sea una evidencia, y ya no una mera fatal conspiración escrita en mi existencia. Tal vez con una puntada de dolor en el pecho, mi papá me alcanzó a preguntar, cuando entendió que su ciudad natal iba a ser mi preferida: ¿de verdad París no te convenció? No es que no me convenza, papá, es que irse es desentierro. Vivir en otro lado no me es imposible, pero es crecer con el tallo truncado y dejar junto a las raíces semillas de las que a lo mejor ni veré los frutos.

Irse es desentierro. 📍





Época de lluvia

ITZEL ESPINOSA

Naces, creces,
vives en una de las ciudades
más lluviosas del mundo.
Peor aún, vives en la orilla de esa ciudad,
donde hace cuarenta años no había ni drenaje.

Cada época de lluvia pasas por lo mismo:
tardas horas en llegar a tu casa,
te subes a un vagón del metro a reventar,
con gente que suda igual que tú
porque llevan veinte minutos detenidos,
con el ventilador descompuesto, por supuesto,
y las ventanas cerradas.

No lo soportas más. Mueres.
Aunque no mueres del todo.
En realidad no mueres,
sólo se termina una parte de ti:
la humana.
Ahora eres un ser que suelta
codazos sin compasión,
que a la menor provocación grita,
que entierra el pico de su bolsa
en las nalgas de la señora de enfrente.

Ahora eres sólo un pequeño punto
en el universo que quiere salir del metro
para tomar su siguiente camión.
Afuera todavía llueve,
no te has muerto por completo,

aún te queda un poco de aire para pensar
qué horrible es vivir lejos de todo,
de la escuela, del trabajo,
del capital cultural,
por qué no me voy de aquí,
(pero a dónde, pero cómo).

En ese instante quieres
que el lago vuelva
y que todo desaparezca.
Lo imaginas perfecto en las noticias:
la Ciudad de México se diluyó.
Pero eso no ocurre.
Sigues esperando en el metro,
esperando a que avance,
esperando a que algo pase,
esperando con resignación
la siguiente época de lluvia.



En defensa del peatón

DORIAN HUITRÓN ÁLVAREZ

EL CAMINO HACIA EL TRABAJO por las mañanas se ha convertido en mi prueba irrefutable de que ya no soy un adepto de la prisa. He olvidado cómo caminar apresurado, incluso, para qué servía. Pero eso no me ha hecho inmune a ella; al contrario, me hizo más vulnerable a sus efectos. No es raro que dentro de mi rutina haya tenido que aprender la intrincada técnica de calcular la velocidad de los autos para cruzar las calles o el arte de dejar pasar sobre una banqueta atestada de personas. Éstas son, quizá, algunas de las muchas técnicas que los peatones hemos tenido que sortear para no sucumbir ante la vorágine de la prisa, la plaga de las horas de entrada, la enfermedad del “ya voy tarde”.

Me gustaría ser como el peatón que Jaime Sabines imaginó, aquel que se reconoce caminante antes que poeta y termina “echado en la cama con una alegría dulce y tranquila”. Pero no. Soy un peatón asalariado, un peatón que ha caído en la tentación del “compre ahora, pague después”.

Tal vez el peatón sea la criatura más desprotegida ante el ataque de la prisa, pues no sólo se somete a su propio paso, sino también al de las demás criaturas. Camino a mi oficina no es raro que tenga ciertos altercados con automovilistas que creen que puedo acelerar igual que ellos, o con ciclistas cuya idea de tránsito es la de todas las concesiones posibles, incluso a costa de la fragilidad de mi carnosa hojalatería. Para ellos, seres que se desplazan a una velocidad entre la vertiginosa aceleración de un motor y el paso raudo de un corredor, sólo puedo dedicar estos versos de Manuel Gutiérrez Nájera:

Al que monta en bicicleta
No lo insulto ni denigro:
Que toque bien la trompeta
Y que pierda la chaveta...
Pero ahora es un peligro.

La prisa es aquello que nos impulsa a vivir acelerados, a mejorar nuestro rendimiento aun a expensas de nuestro cuerpo, y a ir más allá de las recomendaciones de tránsito. Este mal de nuestra época ha encontrado en la velocidad y la producción los principales detonantes para subsistir. Hoy en día hemos cambiado “el triunfo del más fuerte” por “el triunfo del más rápido”. Pero ¿a qué debemos la violenta naturaleza de la prisa? ¿Es acaso un mal necesario que ha estado con nosotros desde siempre?

La etimología de la palabra *prisa* me da una pista desconcertante: su origen está en el verbo latino *premere* cuyo significado (¡oh, sorpresa!) es apretar, oprimir, presionar. No es extraño que estos vocablos también tengan su consanguínea descendencia en palabras como *primero*, *premura* o, incluso, *depresión*. Desde su raíz, la prisa fue

concebida como un aparato de control para aquello que es necesario mantener al margen: nuestro tiempo, nuestra energía, nuestro cuerpo.

Si la prisa es la manera de reflejar el control de las sociedades modernas, ¿cuál sería una alternativa ante ella? ¿Un paro total? ¿Una desaceleración drástica? Los grandes movimientos de trabajadores han encontrado en el parón total una amenaza directa al sistema: huelgas, sindicatos, organización colectiva, deserciones, abandonos; cada uno, a su manera, significa lo mismo en esa magna estructura: el reclamo del tiempo personal.

Imagino a las personas renunciando a sus empleos, pero también renunciando a las inclemencias del tiempo acelerado. Esas personas han decidido frenar en seco su paso para olvidarse del acelerador y andar a su propia velocidad. Han vuelto a discurrir sobre su propio pie. Si lo pensamos de esta manera, el peatón es también un desertor, un inconforme, alguien que se sabe indefenso ante la acelerada prontitud de la vida, y aun así decide tomarse su tiempo para ir a su propio paso.

Más allá de una cuestión tangencial, de ir de un punto A a un punto B, encuentro en la caminata una oportunidad para ventilar las ideas o, en el mejor de los casos, compartirlas con alguien y discutir las. Dentro de la antigua tradición de los paseos solitarios existe una relación estrecha entre el caminar y la generación de ideas.

En *La gaya ciencia* hay un fragmento en el que Nietzsche menciona que el acto de pensar debe realizarse a la par del movimiento. Un enemigo de la vida sedentaria como él era capaz de realizar larguísimas caminatas al aire libre y por paisajes boscosos. Con esto combatía su migraña y dejaba fluir sus pensamientos de la cabeza a una pequeña libreta que siempre cargaba para esos andares. Por supuesto que para una mente como la de Nietzsche la escenografía del smog de la Ciudad de México, los cláxones y los pasos de zebra invadidos no darían los mismos resultados con los que conformó su obra filosófica, pero es divertido imaginarlo en escenarios en los que hubiera tenido que evadir algunos autos o motos para seguir escribiendo la obra en turno.

También Rousseau fue un peatón entusiasta. Dicen sus múltiples biógrafos que logró escribir su *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* mientras caminaba por el bosque. Para él, la caminata era un placer relacionado con la escritura y el pensamiento, por ello, aprovechó los mejores años de su motricidad para hacerlo sin cesar, es decir, entre los 15 y 19 años. Algo que Rousseau nunca toleró de adulto fue la necesidad de trasladarse en carruaje debido a su agenda, por lo que desdénaba la idea de siempre tener que llegar a un lugar. Esa necesidad bien podría ser uno de los testimonios de que desde el siglo XVIII la gente ya sufría el acoso incesante de la prisa.

Aunque Nietzsche corre por el lado del movimiento y Rousseau por el de los que no les gusta apurarse, ambos coinciden en esa necesidad de poner un pie frente al otro como una extensión de escribir una palabra tras otra. La escritura es para ambos una solución y un paseo de ideas.

Me gusta pensar en la escritura como ese equivalente de la caminata del peatón para combatir la prisa. Cuando escribimos podemos alterar el tiempo vivido del



Fabián Parra, *Soumaya*

tiempo narrado, alargar los instantes o acortar larguísimos sucesos. También en la escritura hay atajos y rutas largas para disfrutar el paisaje, depende de las intenciones del caminante. Para mí, el ensayo es lo más cercano al paseo desinteresado, aquel que realizamos a lo largo de un camino por el simple placer de contemplar el paisaje sin importar si está dentro de nuestra ruta. El ensayo puede hacer sus recorridos en círculos o ser de naturaleza zigzagueante, pero su intención siempre estará encaminada a darle aire a esas ideas que nos atañen.

Más allá del autoconocimiento o del empleo de nuestro ocio, tanto el ensayo como el paseo a pie bien pueden ser considerados como herramientas para combatir la prisa. Tomarse el tiempo para divagar sobre la ansiosa costumbre de mordisquear los vasos de unicel o para recorrer a pie un camellón de más de cinco kilómetros de largo que ni siquiera estaba dentro de nuestra ruta son dos caras del mismo remedio contra el ritmo de nuestros días.

Puede que en el futuro los paseos a pie sean sólo un recuerdo vano reservado para quienes han quedado al margen del ritmo de la modernidad. O que incluso no existan más caminos por andar como en esas futurísticas fantasías en las que flotar es una nueva condición humana. En cualquier caso, confío en que siempre habrá afición por el tiempo libre y por los frenos de emergencia, ambos instrumentos tan necesarios y urgentes para volver a poner los pies en la tierra. 📍



Caída

MARÍA VILLA

LOS BARANDALES DEL PUENTE que cruza Circuito son cortos, tus piernas largas. Miras desde ahí el hospital La Raza de un lado y los caldos de gallina del otro. Imaginas que pisas una agujeta y resbalas o que caes en el techo de un auto deslizada por el viento. Vibra tu teléfono. Un mensaje, luego otro. Caminas lento y al centro para que la imagen de tu peso en la lámina sea sólo tu cerebro cansado, pero ocioso, con tiempo para pensar en la muerte, en la más aburrida. Muerte ordinaria, sin máscara de pestañas: "Mujer tropieza, cae de un puente y muere", en la foto, tu cara pálida. Si fuera tu mamá la que cayera, si fuera tu mamá a sus 31 años, la foto del *Alarma* sería bellísima. Imaginas un retrato de Metinides: párpados verdes, labios rojos, *spray* y un moño en su cabello. Si fuera ella a sus 31, moriría bella contigo adentro. Morirían juntas. Tú, en su vientre, quedarías tranquila, cubierta. Muerte acompañada. Sin barandales insuficientes. Sin cuerpo pesado. Sin viento.

Pero no.

Caes sola: *cadáver, polvo, sombra, nada.* ❷





Metafísica del estacionamiento

JOAQUÍN MARTÍNEZ

Agradezco a Carolina López Moller y a lxs integrantes del Taller de escritura permanente del Árbol que nace torcido, por su apoyo y guía.

DESDEÑADO Y OLVIDADO por la reflexión seria y sesuda, el potencial comprensivo del estacionamiento ha pasado desapercibido para los encargados de dilucidar el estado actual de las cosas. Sin tener que comprender los intrincados mecanismos del mercado financiero o las tácticas que los grandes consorcios aplican para precarizar cada vez más el trabajo, el estacionamiento nos ofrece una visión privilegiada de la manera en que funciona el mundo. Nos deja ver, de una sola vez, la totalidad de la marcha civilizatoria junto con la culminación de los procesos metafísicos y económicos que han llevado a la actual decadencia de nuestras sociedades.

Presento aquí algunas estampas, esbozos apenas, para ir aquilatando las implicaciones que tiene esta inmovilidad frenética en el espíritu de nuestra época.

Para empezar a entender lo que representa el estacionamiento hay que juzgar en su justa dimensión lo que significa la movilidad en el modelo económico actual. El capitalismo es un sistema que básicamente busca mover cosas. Mercancías, materias primas, fuerza de trabajo, noticias, productos culturales, datos, dinero, etcétera, etcétera. El sistema depende de que todas esas cosas se mantengan en movimiento, de que el circuito de circulación no se cierre nunca. Si se detienen, todo terminaría por sucumbir a la terrible esterilidad de lo quieto.

La importancia del movimiento es tal que incluso la vida se cifra en sus términos. Tenemos para ejemplo el concepto de *movilidad social*, que reduce los dramas más profundos de la existencia personal al ascenso o descenso en la escala de clases. Si el sociólogo observa poco movimiento, diagnostica entonces el mal estado de la sociedad en cuestión, y sugiere estrategias para echar a andar la maquinaria.

Todo nos empuja a transitar, a movernos. La quietud es patológica. Los individuos mejor apreciados en este nuestro tiempo son esas personas “movidas” e “inquietas”, cuya ambición las lleva a buscar nuevos horizontes. “Supérate. Sigue hacia adelante”, se nos dice. Siempre allá, en otro lugar que no es aquí. Y una vez que llegamos allá, resultará que tampoco ahí es. La prohibición fundamental es, pues, detenerse. Somos vehículos cuyo bienestar depende de su margen de movimiento.

Lo que no se dice es que a la velocidad frenética le corresponde siempre la inacción y el estatismo. Allí se revela una de las leyes de la vida misma. Todo, cualquier cosa que existe, viene siempre acompañada de lo que es a un tiempo su reverso y su condena. La vida carga con la certeza de la muerte, la felicidad con el dolor, la luz implica la sombra; la movilidad supone, necesariamente, al estacionamiento.

Llorar de tráfico

El mejor ejemplo de los efectos no deseados del desplazamiento y la aceleración se halla en el embotellamiento. Grandes vías, proezas imponentes del concreto y el asfalto, pensadas para acortar tiempos de traslado, convertidas a diario en inmensos estacionamientos. ¿Qué hacen allí todas esas personas dentro de sus coches?, ¿qué esperan? Esperan a moverse, claro. ¿No es tristísimo ese espectáculo paradójico?

Entre claxonazos y programas radiofónicos que no logran captar su atención, el embotellamiento puede inclinar a los automovilistas hacia los más profundos vacíos de la existencia. Extensiones interminables de metales chirriantes, espejismos sobre las carrocerías hirvientes, nubes de gases tóxicos que envenenan el aire. Paisajes distópicos: segundos pisos, deprimidos y viaductos. La vida se nos va en medio del espectro de grises del cemento.

Estoy convencido de que entre los lugares más inhóspitos del planeta se encuentran los túneles de las vías primarias de la ciudad. Espacio arrebatado a las entrañas de la tierra donde pareciera que está prohibida la vida. No hay luz, no hay aire y apenas una banqueta diminuta donde sólo es posible caminar en fila india. Todo allí invita a irse. Concebidos para sortear los obstáculos del terreno, son por definición espacios no aptos para la permanencia, pensados para una estadía utilitaria y efímera.

 Fabián Parra, Centro histórico





Supongo que los ingenieros nunca imaginaron que alguien estaría allí más de unos cuantos segundos. Supongo que se sintieron orgullosos de sí mismos en su lucha contra el espacio, supongo que pensaron que habían ganado la batalla. No contaban con el embotellamiento, que a menudo convierte los túneles en enormes e irrespirables salas de espera.

¿Qué sucede ahí? ¿Qué le pasa al ser cuando se descubre atrapado en una paradoja? Parálisis en el tránsito, quietud en medio de la lucha por el movimiento. Allí, la realidad se revela capaz de lo múltiple y excluyente. Por alguna razón que se me escapa, el mundo no se ha desintegrado ante tales contradicciones, y el código de la naturaleza no arroja "error" frente a un fenómeno que es, a un tiempo, la nomia y su antinomia.

Soy una cubeta de cemento

Podría parecer un deshecho: el vestigio de un tianguis o algo que se cayó del camión de la basura. Pero no es nada de eso, lo declara su posición estratégica. El huacal se encuentra justo en el punto medio entre un auto y otro. Es una herramienta de trabajo, un signo y una amenaza silenciosa. El huacal reserva el lugar para un hipotético conductor que siempre llega, paga la cuota correspondiente y accede al derecho de abandonar el desenfreno del ir y venir de los coches.

El espacio es un recurso extraño que por su misma vastedad se vuelve escaso; su demanda es un fenómeno hiperlocalizado, se necesita siempre aquí. De nada sirve que allá lejos uno pueda dejar el coche a sus anchas, si el espacio libre no está aquí entonces no tiene importancia. Y es que el problema es el mismo trecho que separa los parajes con grandes cantidades de espacio disponible de aquellas calles para es imposible encontrar un resquicio para acomodar el auto.

El tamaño de nuestra ciudad nos condena a un sedentarismo a medias. Habitamos nuestros domicilios, pero el tiempo que pasamos en el traslado bien podría valer para darnos la residencia en calles o vagones también. Cientos de pueblos evanescentes se forman a diario en el tránsito. Con ellos, surge toda una economía de la movilidad con sus leyes particulares de oferta y demanda.

Lavacoche, vienevienes, vendedores, artistas de semáforo, limpiavidrios, vagoneros e improvisados oficiales de tránsito, todos ellos atienden la demanda de una población flotante pero omnipresente que requiere ser administrada. Esa nación errante tiene su propia historia y sus propios conflictos.

Hace un tiempo, para ahorrarme unos cuantos pesos, me propuse eludir siempre las zonas donde operan los vienevienes del centro de Coyoacán y sus alrededores. Una investigación independiente fue necesaria para identificar las calles donde todavía no ejercían su dominio. Para lograr mi cometido tuve que renunciar al principio básico del automovilista: caminar lo menos posible. Descubrí que, si asumía una caminata de poco más de 500 metros, podía hallar casi siempre un lugar desocupado en calles poco concurridas.

Cierto día, después de estacionarme en una de las zonas liberadas, bajé del auto y justo cuando me disponía a iniciar el recorrido hacia el centro vi a un hombre que se acercaba. Estaba lejos, como a unos 200 metros, pero avanzaba hacia mí mientras

chiflaba y le daba vueltas a la franela en su mano. "Ahí quedó, jefe", gritó desde la lejanía. Regresé rápidamente a mi coche, me metí y arranqué el motor. El hombre se seguía acercando. Después de varias maniobras pude sacar por fin el auto del pequeño espacio en el que había logrado introducirlo. Cuando el hombre vio que mi huida se debía a su presencia soltó una carcajada y dijo: "chingas a tu madre, puto", y siguió riendo mientras yo me alejaba hacia horizontes más despejados.

El encuentro, si bien para algunos podría parecer cotidiano y despreciable, me dejó tenso por varias horas. Tal vez debido a una constitución espiritual que tiende hacia la extrema sensibilidad y que hace de los exabruptos y rispideces del trato cotidiano un calvario, las palabras del franelero se quedaron sonando en mi oído hasta que llegué a casa. Mi trabajo por buscar y compendiar los lugares donde podía estacionarme gratis se había desmoronado. El mapa que pensaba seguro había cambiado. Tendría que empezar todo otra vez.

Otras veces no hay escapatoria. En la colonia Roma no existe la opción de dejar el coche a unas cuantas cuadras y caminar hacia las zonas más concurridas, allí uno sólo puede elegir entre pagar el parquímetro o el vieneviene. En una ocasión, mientras batallábamos por estacionarnos en la Roma, a una amiga se le ocurrió bajarse del auto para buscar un lugar. Su estrategia era la siguiente: utilizando la agilidad que otorga ser peatón, se escurriría entre los coches apiñados sobre la calle hasta encontrar un lugar libre en las vías aleaños. Cuando diera con un espacio disponible me llamaría por teléfono para indicarme su ubicación exacta.

Así lo hicimos, ella bajó y la vi perderse entre láminas y luces rojas. A los pocos minutos me envió su ubicación. Cuando por fin pude avanzar, conduje hasta el punto que me mostraba el mapa. Mi amiga estaba ahí, en medio de dos autos separados por una milagrosa distancia donde cabía el mío. Ella gritaba, "¡soy una cubeta de cemento!", intentando disfrazar su humanidad de uno de los talismanes de la economía del tránsito que tiene el poder de invisibilizar los cajones disponibles.

Su disfraz resultó. Aunque las cubetas de cemento no suelen anunciar su identidad a gritos pues les basta ser lo que son, nadie se había dado cuenta del engaño. Pude estacionarme mientras los otros automovilistas me veían sorprendidos, preguntándose por qué no se habían percatado de ese lugar.

La casa de los espejos

¿Por qué ponen música clásica en los estacionamientos? me pregunto mientras busco mi coche. En algún lugar escuché que la música tiene efectos sobre el nivel de agresividad de las personas, las plazas comerciales la utilizan para evitar que se generen conflictos en sus instalaciones. Pero ¿a poco será que en los estacionamientos a la gente le suceda algo que desate una posible violencia?

Ya pagué el boleto. Tengo la mala costumbre de nunca fijarme en las coordenadas que me ayudarían a encontrar mi auto. Se me olvida que en el estacionamiento uno no puede moverse como lo hace en el resto de los espacios del mundo. Asumo que mi sentido de orientación me guiará, pero cuando bajo las escaleras eléctricas que llevan a los parajes donde están las hileras de coches interminables, no logro ubicarme.



No hay referencias, no hay asideros para la mirada ni para orientarme. Mi ansiedad aumenta, si no logro hallarlo en 15 minutos tendré que volver a pagar.

El tiempo se acelera. Me deslumbran los reflejos en el piso pulido por el trajín de los autos. El estacionamiento se repite a sí mismo hasta donde alcanza mi mirada. Suena el primer movimiento de la quinta de Beethoven. El tan tan tan taaan me anuncia lo perentorio de la situación. Me siento desfallecer. Los metales no dejan de repetirse y anticipar la zozobra. Corro por todas partes, intento recordar y desandar el camino que me llevó del coche a la plaza. Aprieto el botón de la llave como esperando la luz de un faro destellar.

Nada funciona, estoy vencido.

El oboe toca una melodía melancólica que me acompaña en el momento de mayor abatimiento. Me siento cerca de la caseta de pago y observo a las personas platicar felizmente mientras hacen fila para pagar. Pronto también estarán sujetos al lapso despótico que establece la maldita máquina de cobro. Pero veo a varios encaminarse resueltamente hacia sus coches, los veo abrir la puerta y meterse, ríen ellos y yo los envidio. Llega la resignación.

Pero entonces, un pensamiento. Apenas una posibilidad: ¿será que lo dejé en otro piso? Vuelven las cuerdas y con ello una energía que me permite bajar corriendo las escaleras. Tal vez, puede ser, y sí. Salgo al sótano 3 y lo veo a lo lejos, queda menos de un minuto, calculo. Corro, entro, arranco y excedo el límite de velocidad para llegar a la salida. Introduzco el boleto en la máquina:

“Boleto sin validar”.

Grito y pataleo. Una fila de autos ya se forma atrás de mí. Les pido que me dejen salir de la fila. Beethoven arrecia. Me echo de reversa y cuando me separo lo suficiente de la pluma, piso el acelerador a fondo. Metales y cuerdas se intercalan. Me estrello y la pluma cede, lo logré.

Apogeo de la quinta.

Metafísica del estacionamiento

El estacionamiento es un saldo, una consecuencia no buscada, una ocurrencia al vuelo para solucionar problemas inadvertidos por aquellos para quienes la circulación frenética es sinónimo de desarrollo. Es el debajo de la alfombra, el momento nada glamuroso cuando el auto no corre a 100 kilómetros por hora a través de carreteras idílicas y, por el contrario, reposa inutilizado. El precio que pagamos por el permiso de ocupar un espacio parece ser más una multa por la osadía de no permanecer en movimiento.

Tal vez la característica más impresionante del estacionamiento es su capacidad para volver redituables los recursos más abundantes del universo. Me parece, aunque no estoy muy versado en economía, que cuando crece la demanda de un bien o de un servicio, y su oferta no puede igualar ese crecimiento, los precios suben; y viceversa. Por tanto, si existe un bien cuya oferta es infinita su precio debería tender a cero. Pero no. El estacionamiento encontró la manera de generar una ganancia por la utilización del tiempo y el espacio.

Mientras filósofos de todas las eras se han devanado la cabeza preguntándose cómo comprobar que el mundo está de hecho allí o si en realidad existe, la mente malvada que ideó el estacionamiento se aprovechó de las desventajas concretas de la materia y creó un dispositivo que las pusiera a su favor. Por más posmoderno que yo sea, por más que piense que la realidad está fragmentada y que son los relatos los que la presentan como una unidad, por más que repita que los hechos no existen y que vivimos entre fantasmagorías discursivas. Por más que diga todo esto, mi coche existe y ocupa un lugar en el tiempo y el espacio mientras hago las compras en el supermercado. Con su aritmética perversa ($\text{espacio} \times \text{tiempo} = \text{dinero}$) el estacionamiento me res-triega en la cara que la materia y el mundo existen independientemente de la mente y el lenguaje.

En principio el estacionamiento es un medio para alcanzar un fin. Pero en el estado de cosas actual se convierte en un fin en sí mismo. Hay que esforzarse o pagar por encontrar un lugar para dejar el coche, ya después, y como objetivo secundario, uno llegará al trabajo, a la casa de los amigos o al centro comercial para seguir consumiendo.

¿No explica esto la condición contemporánea? La voluntad se plantea conseguir ciertos objetivos: comprar una casa, casarse, un coche nuevo, ser alguien en la vida, ser feliz o cosas por el estilo. Se nos incita a persistir a pesar de todo para llegar a la meta. El truco está en que, siendo así las cosas, nos mantendremos indefinidamente en el camino para alcanzar nuestros deseos. En el trayecto trabajaremos duro, consumiremos falsas promesas en forma de libros de autoayuda, créditos hipotecarios, tarjetas bancarias, cursos y manuales sobre cómo hacerse rico. Con la mirada siempre en la meta, se pierde de vista la senda llena de amenazas y entes que nos parasitan. Cuotas interminables que hallan su versión más condensada en el boleto de estacionamiento, el tributo que habremos de pagar por intentar llegar.

Camino bajo el rayo del sol, el asfalto me abrasa con el calor que ha ido acumulando durante el día. Ni una sombra de árbol. Cargo las bolsas con ambas manos. Pienso en el aire acondicionado, me apuro. Llego al coche, guardo las bolsas en la cajuela y entonces renuncio, ya no puedo. Nunca más, decido. Nunca más sometido al ciclo tormentoso: salida, traslado, llegada.

Escribo esto desde el estacionamiento del Chedraui, eso es todo lo que voy a decir. Ustedes que siguen en el vaivén. No me busquen. **P**

Karla Paola Florido Ortega





Dios nunca muere

LUIS ANTONIO VINIEGRA MENDOZA

*...y las luces del Hospital de La Raza se apagan de una vez
Lástima; parecía un bonito acorazado para ir uno allí a parir algo.
Gerardo Deniz, Erdera*

EN EL ENTRONQUE DE Cuauhtémoc con la calle 22, Jomi vio la nostálgica farmacia. Ahí despacha doña Nube, y el cambio lo da en billetes planchados. Al lado de la farmacia, abres un zaguán blanco. Entrás. Pasas por el departamento de doña Bety, Lalo y Pepe. No está el papá porque está trabajando en el gabacho, y a Beatriz le manda el billete verde. Subiendo las escaleras, en el primer departamento vivirá tu nieta. Pero lo anterior es irrelevante, por ahora. Todavía no son los años 2000.

Es el año del caldo, vete tú a saber. La década de 1980. Todavía Miguel de la Madrid era (como dicen los pendejos) titular del ejecutivo. Y no mames, Jomi venía de Acalapa, un pueblo bien metido en la sierra de Puebla. No supo trabajar su parcela, y en la ciudad le tocó ser obrero. Soñaba que en el campanario de la iglesia (mandada a construir por los ricos) estaba la cura de la homofobia; en ese pinche pueblo donde los campesinos apedreaban a los jotos de pela pintada.

Todos somos acarreados cuando estamos en una nómina, pensaba Jomi con las manos en el volante de una troca, propiedad del pendejo arisco del Leonel. Jomi acabó de chófer de esa troca porque un día en la fábrica le cayó una caldera de jarabe de la Log Cabin.

No mames, y el cabrón todavía se regresó a pie a su cuarto de vecindad en la calle 7. Entre gallos y gallinas, sus tres hijos se quedaron de qué pedo al ver sus dos piernas descarapeladas por el maple gringo. Descarapeladas como el piso de las casas de Acalapa. El niño Rodolfo se puso a llorar, Toñito no dijo nada y la niña Angelita se acordó de los dos abortos de su mamá, enterrados quién sabe dónde.

Ni un peso de indemnización le soltaron en la fábrica. Entonces, te tuviste que meter a trabajar vendiendo abarrotes con el colmilludo de tu hermano el Leonel y con el Pascual, cabrón de corazón más noble. Todos oriundos del mismo Acalapa. Te tocaba despachar en el tianguis de la colonia Panamericana. La Pana. Y les iba bien. La bonanza del abarrote duró hasta que llegó el Walmart de la avenida Cuitláhuac. Los abogados del gobierno apalabraron con Sam Walton, y le dieron cuello a tu gallina de los huevos de oro. Nosotros contábamos pesos, pero a ellos se les hacía necrosis en los dedos de contar dolariza.

Pero mientras duró, el Leonel se forró con el dinero de la venta. Se puso un diente de oro, y compró dos trocas al contado para transportar la mercancía. Costales de arroz y frijol bayo, aceite 1-2-3, paquetes de galletas María y azúcar a granel.

El explotador de tu carnal hasta mandó a rotularlas con su nombre: Abarrotes Leonel Viniegra. Se le subió el ego, se casó con la licenciada Zanahoria y se hicieron coyotes carroñeros en la delegación Azcapotzalco.

Esa noche, lo culero sucedió en un parpadeo. Fue un día pesado en la venta. Demasiado ajeteo de atender a la clientela. Fumabas cigarro en los descansos y contabas, exhausto, billetes de 200 pesos que guardabas en tu overol. Ibas de acá para allá metiendo los costales a la troca. Ya era de noche y estabas estacionado frente a una farmacia. Pensabas en que odiabas a María de los Ángeles, tu esposa.

De copiloto, el Pascual te decía: ojalá cuando Toñito estudie Medicina me pueda curar el mal de sueños. Tengo pesadillas con un perro negro que me come el pene. Primero, el Hospital de La Raza se quema. Las incubadoras se incendian. Las enfermeras le hacen un trasplante de corazón a un toro. Los doctorcitos pierden sus plazas en el gobierno y se quedan pobres. Luego viene otra vez el perro, me come no sólo el pene, también los huevos. Se convierte en charro y nos asalta en el puesto. A ti te pega en la nuca, y yo le regreso el putazo con una tranca y te salvo la vida.

Pienso, pinche Honorio pendejo, que me hubiera gustado nacer mujer y ser bonita. ¿A ti no? Convertirme en azalea y usar falda. Menstruar y ser inteligente. Tener vulva y que me brote sábila. No ser un mecánico miserable adicto a las revistas de más pelos por menos pesos.

Jomi con María de los Ángeles. Fotografía tomada en 1981 en el Hotel Continental Hilton. Archivo familiar del autor.





El pinche Pascual hablaba en pastizales. Te desgajaba en la oreja su materia onírica. Sus pesadillas te daban igual. Pinche Pascual volado y maricón. Mejor te acuerdas de esa torta de lengua de res que te chingaste antes de estar estacionado acá. Tus papilas lujuriosas salivaban. Navegación sextante de las balatas a punto de turrón. Eran las tortas gigantes de la calle 7 para los trailereros de la calzada Vallejo. Trailereros guadalupanos como gallos de pelea cobrando su salario a cuentagotas. El local de las tortas brillaba en la noche como un punto cardinal. Chescos de vidrio en la mesa y loseta turquesa. Afuera, dos torteros vestidos de blanco despachaban en un puesto. Metían un putazo de lengua a freír. Más o menos fritas las sacaban, y embarraban de crema la telera; de ley el oro verde, jitomate, y las partían de un cuchillazo. El resultado sabía a carnitas. Ya al gusto, el chile en escabeche. El único inconveniente sería el empache posterior.

Alguna vez un cabrón llegó afuera de las tortas y dijo éstas son tapavenas. Luego se convirtió en mujer y un taxista la persiguió hasta el fondo de la calle 7. Le cortó el paso y le abrió la puerta del taxi, pero logró librarla. La noche era tan fúnebre como el cofre de un tráiler siendo operado al aire libre. Los mecánicos eran hombres de aceite celosos de sus motores.

La panza de Jomi era una conjetura, y el Pascual se obnubilaba en sus pesadillas. Pobre pendejo, pensabas; sin embargo, era tu compadre. Ya cállate, Pascual, vámonos

Fabián Parra, *CUPA 1*



a jetiarnos porque somos obreros. Sí, Jomi, tienes que paternar a tus tres hijos. Ponte música en la troca. Y pusiste esa norteña en la casetera. *Si siempre he sido el rey, el rey de mil coronas.* Entonces, estabas maniobrando la palanca de velocidades y te estabas echando de reversa cuando pasó el apocalipsis.

Un pinche borrachito, Jomi.

Un borrachito no se quiso quitar de atrás de la troca. Estaba gritando pendejada y media. Empinándose una botella de ginebra Oso negro. Completando el estribillo de tu pinche ranchera con sus labios yeseros: *y aquel galán que le quiera entrar tiene que pasar sobre mi persona.* Y ya cuando estabas echando de reversa la troca, el borrachito se te aventó y la llanta lo atropelló. No sólo lo atropelló. Eres un gallo de feria bien peleado, Jomi: degollaste a un teporochito. ¡Y con la pinche troca del Leonel! La tira nos va a ahogar a macanazos, y no van a querer mordida. Dile a María de los Ángeles que esconda la fusca cuando los judiciales vayan a investigar.

Jomi se puso bien blanco. Casi se le baja el azúcar, y eso que bebía Coca-Cola como agua. Luego luego le dieron ganas de chillar. Yo, Honorio Viniegra, he matado. Pero luego se emputó y se amparó. Pascual, ¿pues para qué se metió? Yo vengo de salida y él de entrada. ¿Ya nos vio alguien? No mames, la mancha hemática. No me voy a lavar las manos. Tendré honor.

Las últimas palabras de ese pendejo fueron *tengo el alma enamorada nomás de pensar corazón, de soñarme noche a noche dueño de tu amor.*

Jomi se bajó de la troca y dejó al Pascual perdido en sus conjeturas. Puta madre: esto no es como los licuados de plátano de mi mamá. Así, espesitos y burbujeantes. Ver la escena lo empeoraba. Así que manos a la obra. Jomi agarró la cabeza defenestrada del borrachito y dejó en el piso su cuerpo. Empezó a mancharse de sangre su overol de mezclilla. Vámonos a los velorios García. Total, están aquí como a cinco cuadras. Y el chorro de sangre manaba cada vez con más ira, como si le hubiera desatado la menstruación a un país. A esas alturas de la noche, la oscuridad era un pinche rottweiler ladrando bravo, y La Raza era tierra de nadie.

Jomi mentaba madres de sí mismo y chillaba como los machos. Soy el rey de los pendejos. Perdóname, perdóname. Soy Jesucristo: acéptame como tu salvador. Y mientras Jomi acarreaba la cabeza del borrachito por la pinche noche solitaria (cada vez más en chinga, con la presión encima de que no cerraran los García), a la cabeza le brotaban orquídeas en los ojos. En la boca le crecían helechos. Una planta de motita le crecía en la oreja izquierda, y en la derecha le fermentaba gerbera. Debajo del cuello palmas de magueyes le crecían y se iban enraizando en la banquetta.

Las luces de los García iluminaban la noche. Jomi llegó sudando por la puerta de las carrozas. Se metió como pudo. Atrabancado y muy trístico. Subió las escaleras, y la cabeza del borrachito ya se le estaba gangrenando. En el primer piso de los García a Jomi le explotaban en la cara los trompetazos de los mariachis. *También yo estoy en la región perdida, oh, cielo santo, y sin poder volar.* El velorio ya tenía rato de haber empezado y ya estaban todos acomodados. Vinieron los familiares muertos y vivos de Acalapa. El tatarabuelo Nabor Viniegra vino con su calzón de manta y su cayado. El bisabuelo Porfirio sólo hablaba en náhuatl. Vino el papá de Jomi, Jesús Viniegra, y ya no tenía demencia. Vino bien encabronando el Leonel porque su



troca iba a ser inspeccionada por la tira. Vino el tío Germán con su olor a leña. Eugenio se perdió en el camino porque tenía Alzheimer. Chabela andaba de chismosa y repartía rompopé. Natividad hablaba de la casa de adobe donde nació en lo más espeso de la sierra.

De los vivos vine yo, la nieta bebé. Mi mamá me estaba amamantando con salmos sobre el 2002.

Vino doña Bety y dijo que se tenía que ir porque ya había conseguido trabajo en una funeraria hasta Observatorio. Vino Pepe y estaba aprendiendo a leer. No sabe que, a su carnal Lalo, muchos años después lo plomearán desde una moto por malo. Vino el niño Rodolfo y tenía un girasol en la cabeza. Vino Toñito y jugaba a ser políglota. Vino Angelita y decía: papá, te perdono porque cuando crezcan, mis dos hermanos no irán a tu velorio. María de los Ángeles estaba enojada porque no iba a haber dinero un rato en el cuarto de vecindad. Vino la madrina Chole y daba consejos sobre cómo pedir fiada la leche de la Liconsá. Vino la prima Imelda y desde entonces quería ser bióloga. Vinieron los hijos del Pascual (los patitos) y cada uno traía un dulce de leche. Vino el Noé y ofreció su troca roja.

Todos consolaban a Jomi. Decían que el borrachito ya se fue, y que no era su culpa haberlo matado. Pero era su deber ponerlo en su caja.

Padrino, mejor vamos a dar la limosna. José López Portillo pasó la canasta entre todos. Y entre trompetazos la gente de Acalapa daba fajos de papeliza: puros billetes azules de 500. El Noé, por plomero rayado, dio una milpa. Llegaron los microbuseros, los torteros y los barrenderos de La Raza y ellos dieron morralla.

Cuando le pasaron la canasta, María de los Ángeles escupió en la limosna, maldijo a todos los varones y dijo: ni un peso más a la Iglesia católica.

Luego llegó un pelado que dio mil dólares, se estaba caciqueando a todos y hablaba en jurisprudencias. Era Carlos Salinas de Gortari que llegó trajeado. Juntando las manos sigilosamente le dijo a Jomi: soy adicto a la adrenalina y soy el banquero del diablo. En mis manos está encallado el diezmo del mundo.

Entonces, el terror se derramó en los ojos de Jomi. Todos los asistentes se pusieron una máscara de Salinas de Gortari manchada de sangre. Murmuraron: somos la guerra florida, Jomi, y tú eres una piedra de sacrificio. Di tus últimas palabras.

Jomi se acercó al féretro y se vio a sí mismo. Su rostro yerto y amarillo. Su bigote entumecido y sus lentes setenteros de pasta negra. Abrió el vidrio de la caja y puso la cabeza del borrachito junto a él. La almohadilla del féretro ya se estaba llenando de pus. Viendo a los dos difuntos dijo:

Jehová es mi pastor; y todo me faltará.

En lugares de delicados pastos no me hará descansar.

Junto a aguas de reposo no me pastoreará.

No confortará mi alma. 🗨

Pitochelas, doriesquites y pepinos locos: la vanguardia gastronómica de los chilangos

ALEXIS APARICIO DÍAZ

AMABLE RECEPTOR: ¿usted se ha topado con una “aberración culinaria”? ¿Ha visto alguno de esos puestos ambulantes que, antes que ofrecer un satisfactor del hambre, parecen buscar obtener una beca del FONCA por su exceso de performatividad? ¿Ha sido víctima de esos TikToks, posts de Facebook, reels de Instagram que exponen botanas y bebidas atiborradas de porquerías que el algoritmo arroja insistentemente para producirnos sensaciones desagradables, y así recordarnos lo que sucede cuando nos alejamos de Dios? ¿Los ha visto?

De unos años para acá, primero en silencio, de forma respetuosa, y después con un afán de transgresión evidente, hemos asistido a un proceso de sincretismo culinario que ha roto las restricciones que en el pasado buscaban no sólo proteger de cualquier peligro a nuestro paladar y digestión, sino también fungir como un constituyente fundamental de una identidad más o menos estable. Sé que el fenómeno no es exclusivo de estas regiones —y disculpen si pecco de centralista y hablo sólo desde mi experiencia— pero quien se pasee por la CDMX y el Estado de México —principalmente en sus zonas periféricas, aunque el fenómeno, como suele suceder, haya sido adoptado por una clase media-alta ávida de exotismo— se topará, casi inevitablemente, con hibridaciones alimenticias acaso sólo auguradas por el Cyber-punk. Tostilocos, birriamen, pitochelas: ya quisieran James Joyce o Vicente Huidobro esa maestría en la combinación de lexemas.

La sobrepoblación y la necesidad de satisfacer instantáneamente a una sociedad que trae la prisa tatuada en la frente propiciaron que cada vez más comerciantes y consumidores relajaran —o se hicieran de la vista gorda, como quien se guarda el cambio del mandado— la idea tradicional de lo que se considera un desayuno o una cena. De pronto dejamos de pensar en la cantidad de nutrientes que aportaba una porción de comida, siempre y cuando eso no implicara reducir de manera drástica el rendimiento laboral. Un día se encuentran dos carnales en el jale:

—¿Ya desayunaste?

—Ya we, un cigarro y una coca.

—Era desayuno, no banquete, padrino.

El gran precedente lo constituye la disputa que ha estado a nada de desatar una guerra civil, aquella por la que mi tío se emocionó al saber que por fin utilizaría la fusca que guardaba bajo su colchón, la razón por la que en mi niñez yo decidí construir un fuerte por si estallaba la catástrofe, la operación lingüística más férreamente debatida en todo el país: la quesadilla sin queso. Los chilangos, al defender la arbitrariedad del signo lingüístico sobre su referente (bellos alumnos de Saussure), le dieron la espalda a los vecinos prescriptivistas, mis chavos los más tiernos, e inauguraron



✍ Karla Paola Florido Ortega

la oportunidad de pensar una gastronomía caprichosa, menos coherente pero más dispuesta a explorar las posibilidades del universo de los sabores.

Tal vez en los hogares aún podemos encontrar una dieta más o menos estable, pero, al menos en las grandes urbes, es posible percibir un casi total abandono de la tradición y, con ello, de la moral. Ya casi a nadie escandaliza —y más bien se ha vuelto una atracción de turismo interno, experiencia exótica de las zonas marginales— que podamos beber cerveza en envases con forma de te sientas; que un alimento otrora desdeñado por anticuado, los esquites, se fusione con la jovialidad de unos Cheetos o unos Doritos nacho; que a la Maruchan se le encime, nostalgia del barroco, una porción orgiástica de birria. Fusión de la tradición con lo puramente industrial, disolución del umbral que distinguía un plato fuerte de una chuchería, hoy en gastronomía podemos decir, como Marx, que todo lo sólido se desvanece en el aire.

Por una parte, nadie niega que la comida es también una manifestación de la creatividad de los pueblos; y, por otra, se arguye que, aunque permita un sinfín de combinaciones, su existencia siempre estará supeditada a la necesidad de



sobrevivir. Por esa razón, la gastronomía todavía despierta un debate sobre si debe o no ser considerada un arte. Necesidad fisiológica o no, no me parece un despropósito afirmar que muchos cocineros, en su afán de perfección, innovación y complacencia de los sentidos, comparten el espíritu de los grandes artistas. Tal vez se han mantenido al margen de las corrientes estéticas de las épocas —outsiders de la sala de museo—, pero también es posible hablar de grandes tendencias en la cocina.

En este caso, la gastronomía callejera chilanga recuerda mucho a las vanguardias artísticas de principios del siglo xx. Niegan la tradición, buscan tomar por sorpresa al paladar, dan la espalda a todo lo que se considera un alimento de buen gusto en favor del hallazgo novedoso. Su exaltación de lo agrio, el contraste de los sabores incompatibles, obligados a permanecer juntos, recuerda a la revolución del color emprendida por un Henri Matisse o a la deformación de los cuerpos de un Edvard Munch. No estaría renuente a establecer un paralelismo entre quienes llaman aberraciones culinarias a estos productos callejeros y el crítico que llamó fieras (*fauves*) a los expositores del Salón de Otoño en el Palacio de París.

No obstante, aunque comparte su espíritu creador, la comida chilanga no posee el afán minoritario de las vanguardias. Sea aceptada o no, esta comida es hecha por y para el pueblo, con ingredientes accesibles de los abarrotes de Don Tiburcio. Por esa razón, se trata en su mayoría de creaciones anónimas, recetas que viajan de boca en boca —o de TikTok en TikTok— e imitadas y mejoradas por otros cocineros ambulantes. ¡Por la verga los que quisieron patentar la manteconcha!

Matizo. Si bien el espíritu se ha propagado por casi todas las zonas marginadas de la Ciudad de México, existe un conjunto de espacios privilegiados donde la efervescencia ha actuado de manera sistemática. Tepito, capital de la vanguardia gastronómica. ¿Población? Pura banda bien zafada de la chompa. Ambientado con el perreo más pinche cerdo, los gritos de vendedores de mercancía pirata y el prodigioso perfume del cannabis, el barrio bravo ha fungido como un verdadero laboratorio de invención comestible. Las mesas plegables, las carpas y los carteles neón hacen las veces de estudio de las mentes más creativas del barrio. En este momento no poseemos las herramientas metodológicas para verlo (y este texto adquirirá seriedad por ahí del 2040), pero quizás la licuachela, que sacó de contexto un electrodoméstico para volver a la embriaguez una actividad performática, sea tan importante como la *Fontaine* de Marcel Duchamp, y constituya una de las expresiones más altas del espíritu irónico y rebelde de la cocina de nuestro tiempo. Tal vez algún día se escriban diez mil tesis sobre ese gran hito, tal vez algún día los filósofos intenten descifrar la elevada cosmovisión chilanga a partir de ella.

No sé qué tan biológicamente predispuestos estemos a preferir unos sabores sobre otros, pero creo que este fenómeno sí que significa, como otras grandes revoluciones artísticas, una puesta en evidencia del gusto como algo más adquirido que innato. Al tragarnos estas porquerías, ¿estaremos atrofiando nuestras papilas gustativas o, más bien, estaremos generando un rasgo evolutivo, adaptándolas al vertiginoso movimiento de una modernidad que embota nuestros sentidos en medio de una exacerbación del *horror vacui*? Sirva este texto, si no como manifiesto, sí como un intento de reivindicar aquellas nuestras “aberraciones” culinarias. 🗨



Mi hermana corre por toda la ciudad

ITZEL AVILÉS GARCÍA

Mi hermana corre por toda la ciudad.

Yo me la imagino

saltando por los techos

o en cualquier andén

compitiendo con el metro

pero él es tan lento y ella tan rápida

que seguro seguro

el eco de sus rieles apenas le toca la espalda.

Ella corre

quién sabe por dónde.

Yo me la imagino

siendo más rápida que todos

más pequeña que todos

porque se esconde y nadie la ve.

A quienes les dice su escondite no me hablan

y sus voces son tan bajas

que no se oyen en las coladeras, en las tuberías subterráneas.

Ni susurros a lo lejos que me digan dónde está.

Me la imagino porque yo tampoco la veo

por eso salgo a preguntar,

pero también soy pequeña

y resulta que todos son más rápidos que yo.

Ella sigue corriendo.

A veces tengo suerte de encontrar su rastro

voy oliendo entre sudor, orina, mierda seca

y tiendas de perfume

su nombre. Huelo su nombre:



Noche

pero incluso la Noche no llena la ciudad

y yo, en el norte y Noche,

en el sur.

La ciudad tiene dos tamaños, dice mi mamá:

1) casas hacia arriba, casas hacia los lados, bosques y castillos, parques y fuentes, calles largas y anchas, callejones y cerradas, 195 estaciones de metro.

2) mi hermana está en un solo lugar de la ciudad en este momento y ese lugar es toda la ciudad.

Mi mamá casi siempre encuentra a mi hermana

y entonces las dos corren

de norte a sur,

de sur a sur

corren y mi mamá es más rápida

tan rápida y tan pequeña que no la ven ni la escuchan.

Corren corren

mi mamá sin aliento pide ayuda porque ya no quiere seguir corriendo,

pero mi hermana la jala fuerte, le lastima las muñecas.

Sólo hay dos cosas más rápidas que mi mamá:

1) hermana cuando mamá tiene el aliento frío

2) los hospitales públicos siempre son más rápidos que todas las mamás, aunque los hospitales no corran.



En la casa: con esta gente: se nos respeta

SEBASTIÁN LÓPEZ

ME ACUERDO DE LAS VECES que iba de morrito a las luchas y gritaba “jeeehhh, putooo!” a los técnicos, pues soy seguidor de los rudos, loos ruuudooos. Me acuerdo de las veces que iba de morrito a las luchas y salía de ellas con un traje del luchador Místico, una máscara del Dr. Wagner Jr. y una playera de los Perros del Mal. Me acuerdo de las veces que iba de morrito a las luchas y me rompí la nariz en la puerta de mi hogar horas antes de asistir a ellas y aun así fui. Me acuerdo de las veces que iba de morrito a las luchas y lloré porque en una pelea con el Hijo del Perro Aguayo al Dr. Wagner Jr. le quitaron su máscara los perros del mal que no sabemos dónde se encuentran. Me acuerdo de las veces que iba de morrito a las luchas y me tomé una fotografía con el Dr. Wagner Jr. y el Hijo del Perro Aguayo. Me acuerdo de las veces que iba de morrito a las luchas y experimenté una época de oro: vi luchar a Héctor Garza, Marco Corleone, Alex Koslov, Dos Caras Jr., el cien por ciento guapo Shocker (que de guapo sólo tenía su carisma), etcétera, etcétera. Los años pasaron, me olvidé de ese morrito que fui, de las luchas, de las mentadas de madre, de las caguamas siendo arrojadas al ring, de los piropos machistas que les hacían los sudorosos a las bailarinas, de la mercancía vendida afuera de la Arena México, de los tacos para cenar al salir de cada función, de aquella casa donde, con su gente, se nos respeta.

Como la costumbre narrativa de toda crónica: es 10 de abril de 2024 y voy en camino al metro Balderas: cerca de las dos de la tarde: Biblioteca de México: Centro de la Imagen: sudor en el cuello y en las axilas: puestos ambulantes: restaurantes: peatones: caminar por dos cuadras: día sin nubes: sigue como antes (más deprimente). La Arena México permanece cerrada cuando no tiene funciones, y a la vista parece un lugar abandonado: sus taquillas están sucias (la gente deposita su basura en ellas) y, sin embargo, hay un vendedor de boletos para la función de la noche.

—Deme unos de 150 para la función de hoy, por fa.

—Serían 300.

—Claro.

—Tenga. Muchas gracias, jefe.

Nuevamente hacemos la rutina, pero al revés: las dos de la tarde: Arena México: detrás de Televisa: más sudor en el cuello y en las axilas: peatones: restaurantes: puestos ambulantes: las mismas dos cuadras: Biblioteca de México: Centro de la Imagen: metro Balderas: de regreso a mi hogar y a esperar.

*

La lucha libre mexicana fue declarada Patrimonio Cultural Intangible de la Ciudad de México el 21 de julio de 2018 gracias al decreto firmado por el entonces jefe de gobierno: el Dr. José Ramón Amieva Gálvez. Justamente en un día 21, mas de septiembre y de 1933, se fundó la Empresa Mexicana de Lucha Libre. Entre la década de los cuarenta y de los setenta la lucha libre se popularizó a nivel nacional e internacional gracias a los medios de comunicación: televisión, radio y cine. ¿Quién no recuerda esas películas de El Santo con Blue Demon? Uno contra uno: dos contra dos: tres contra tres: ¡todo un circo!

Una hora antes de la función. La entrada de la Arena México deja de ser el lugar abandonado que es en sus días y horarios inhábiles, y se convierte en un punto de encuentro para amantes de la lucha libre mexicana y los que se interesan por ella. Los vendedores afuera de la entrada atraen a los asistentes, pues entre las playeras, máscaras, disfraces, mandiles y todos los demás productos referentes a los luchadores hay una gran ganancia tanto para el vendedor como para el consumidor: uno gana dinero y el otro un recuerdo.

Tres personas de seguridad: si los asistentes traen cadenas, anillos o algo de metal, se los retiran, y al final de la función los pueden recoger; esto pasa también si portan una cámara fotográfica. Dos filtros de acceso: una persona revisa y registra el boleto y otra verifica el lugar de asiento para llevar a los asistentes al suyo: al llegar, la persona que los llevó pide una propina (“lo que gusten”).

Ocho luces: color azul: el cuadrilátero: gradas color negro: verdes: rojas y azules: diversas filas: 13 entradas: arriba de ellas banderas de diferentes países: de las que recuerdo: Japón: Chile: Cuba: Estados Unidos: México: Canadá: España: Inglaterra: y Argentina.

Mientras la espera del espectáculo comienza, el personal de la Arena México inicia su venta de garnachas y chelas: micheladas solas: micheladas con Clamato: papas: Maruchan preparadas: hot-dogs: cueritos: tortas: los precios varían: 40: 70: 120 varos: etcétera: etcétera.

La lucha libre mexicana es atractiva para los extranjeros, quienes asisten a la Arena México como si estuvieran en una playa: de shorts, playera y chanclas (sin calcetines, claro). Los martes, generalmente, las gradas de arriba están vacías y las gradas de abajo se llenan como en un 80%. Los asistentes portan las máscaras de sus luchadores favoritos acompañados de sus familiares, amistades o parejas.

Sube el referí: calvo: serio: de la seriedad sale su lado juguetón en su oficio: se apagan las luces: la pantalla (debajo de la cual salen los luchadores) presenta a un comentarista con bigote de Cantinflas, quien da la bienvenida para luego dar paso a la única persona con traje del lugar: el presentador —en este caso es Julio César Rivera—. Después de su discurso vehemente las luces arriba del ring cambian de color y salen dos bailarinas, las cuales mantienen una misma rutina de baile aunque no esté sincronizada con las canciones de presentación de los luchadores, que oscilan entre el rock, el metal y el reguetón, de vez en cuando una de hip-hop y trap. La entrada de los luchadores —que ganan arriba de los mil hasta llegar a los \$40 mil si logran hacerse un nombre— es su carta de presentación ante la afición (ésta suele atraer el apoyo hacia lo opuesto, o sea, a los rudos).

(Me abstengo de escribir quiénes son los luchadores de esta noche porque en este espectáculo no importa quién luche: lo importante y divertido es quitar el estrés de la semana mientras mentamos y disfrutamos cómo se rompen la madre).

Después de presentarse épicamente, los luchadores le alzan los pies al referí, éste los toca para después chocar las palmas de las manos. Los rivales se saludan entre sí: no tienen riñas personales: son compañeros que se respetan: que reconocen su trayectoria: que tienen un respeto por el público: sus boletos de 400: 350: 300: 250: 200: 150: 125: 80: 50 y 25 pesos valen la pena: no como un partido de la selección nacional, que ni espectáculo ni gol regala: acá es distinto: se esperan madrazos, y madrazos hay hasta de sobra. Los luchadores, pese a que recibirán una madriza nocturna, se aprecian felices, con una sonrisa escondida detrás de su máscara: es una actividad que los complementa. La lucha libre mexicana más que un deporte es una cultura: la cultura de la disciplina: de la rutina: de la paciencia: del valor de la derrota y la delicia de la victoria.

Se lucha por comprender lo atractivo que es ver al cuerpo moldearse para hacer acrobacias desde la esquina del ring. Se lucha para entender la fascinación de sentir y observar el dolor ajeno. Se lucha para conocer la importancia de la empatía y la reciprocidad en un trabajo en equipo. Se lucha para encontrarse con uno mismo al enfrentarse con rostros desconocidos. Se lucha porque, en un país tan profundamente hundido en el odio y herido por la violencia, agarrar el desmadre con la afición en una lucha nos conecta: nos hace olvidarnos de la desunión que la política ha provocado en nosotros.

¡Lucharán a dos de tres caídas sin límite de tiempo! En esta esquina... En la lucha libre mexicana no hay retrasos ni pretextos: inicia con puntualidad. Algo que se ha fortalecido recientemente —cuando venía de morrito a la Arena México no era muy común— es la lucha entre mujeres: en mi juicio —absurdamente anímico—, ellas dan un mejor espectáculo que los hombres: hay un factor que comparten: ambos géneros cargan sus cinturones de campeonato: otro factor que comparten: luchan dentro y fuera del ring: unos factores más: tienen gastos médicos —si son independientes ellos mismos los cubren—: pierden la máscara: pierden la cabellera: sudan como cerdos: reciben las mismas mentadas de madre: *culerooo, culerooo, culerooo: quiere llorar, quiere llorar: buuu.*

Al sentarme en el camión de regreso pienso en el morrito que fui y en las coincidencias de la vida. Si mi contradicción me lo permite, expondré a uno de los luchadores que vi esta noche: Místico, como en aquella ocasión de mi niñez en que me compré su disfraz. Místico: un tipo que tiene cuatro identidades: Místico: Sin Cara: Myzteziz y Carístico. Místico: un tipo que triunfó en la wwe.

Nunca me fui de la Arena México. Nunca dejaron de gustarme las luchas. No he dejado de ser aquel morrito. ¡Que viva la lucha libre mexicana, carajo! 🇲🇽





Díptico sobre la Ciudad de México

ALEJANDRO CARNICERO

*Escombramos la casa tapiada hace ya siglos
Mal enterrada estrella mal coagulada sangre
 clama el antiguo lago por sus presas
traga edificios rompe la raíz de los palacios
resquebraja cúpulas y vuelve con su luz mellada
 al seno de la plaza enronquecida.*

Eduardo Lizalde

Nocturno de San Cayetano

I

En San Cayetano la cruz
pareciera rozar los astros
y da la sensación
de que las oraciones
y las veladoras elevan la cúpula,
pero nada de aquella redención
podría salvar, si lo quisiera,
a una multitud hastiada
que a las afueras se desnuda
y bebe sangre fresca,
la espuma de las coladeras,
los espesos fluidos de Afrodita.

Detrás de las farolas
los automóviles observan
los coágulos de nubes,

táctiles y dispersos,
mientras la muchedumbre ensombrecida
reza con inutilidad.

Al apagarse
la avenida Montevideo
es transitada
por una parvada de ángeles
con ojos fieros,
alas de azabache, tan tersas,
mejillas duras, de marfil,
uñas de bronce,
y una orgía de panderos
suena como la noche,
los envuelven con golpes;
el calor pesa,

sus alas se derriten,
sus semblantes querúbicos
toman la forma de la cera.

En San Cayetano la cruz
es más oscura cuando el sol
pone a dormir su carne.
Tras los vitrales
una inmensa nube de smog,
un dulce olor a gasolina,
impregnan de destellos
la triste figura de Cristo.

II

San Cayetano es el paisaje
que con sus piernas de concreto
mueve la avenida, la funda, la ahoga,
la ve pasar y finge que ya no queda ruido,
lo calla todo, silencia sus puertas
mientras las parejas se besan
a sus afueras, mientras los viejos tiran
el último pedazo
de su cigarrillo, alguna lágrima,
algún suspiro, mientras las niñas
gritan al ver pasar a las ratas.
Una iglesia con humos de santa soledad,
un alto edificio, grisáceo y rosa,
manchado de polución,
abrazado por las nubes y los ojos
que sueñan su cintura envuelta en telarañas.

San Cayetano y su cruz
San Cayetano entre los semáforos
—rojos, verdes, parpadeantes—
San Cayetano detrás del Sanborns
San Cayetano en el metro Lindavista
San Cayetano y su cuerpo inmóvil
que asfixia a céreos ángeles, sofoca la ciudad...
su música es nada, su fachada
es parte del cielo y gime
cuando el aire la acaricia,
por eso la camino, la rodeo
y pido a sus demonios
me digan al oído los secretos de Dios.



México, Distrito Funeral

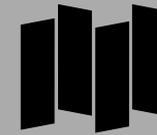
Sólo tú sabes cuántos
cadáveres se han arrojado
desde tus alturas y cómo
su sangre te dibujó
una silueta vaga, parecida a una nube
incierta, un rojo charco
sobre tu cielo de petróleo.

Sólo tú conoces
lo fangoso de tu lago, las piedras
que se esconden en tus profundidades
—tienes intestinos de tezontle—
y hablas con ellas, las proteges
del incipiente exterior,
les cantas un himno
para dormir: es el sonido
de tus venas férreas al frenar,
al llegar a la estación, al aproximar su sangre
a los despojos lacustres
que entre tus túneles,
húmedos y chirriantes, enmascaras...
tus piedras aún sueñan que son un mismo templo.

Sólo tú sabes
la cantidad de odio que se oculta
tras tus palacios, bajo tus parques,
en tus pétalos de granito,
odio que siempre suena
en los boleros que te habitan,
odio que has olido
en el hachís desdibujado

dentro de tu aire venenoso,
odio que se evapora
y te dibuja lágrimas de hastío.

Sólo tú sabes
lo que estas ruinas le susurran
a los pies de los transeúntes.



CARRUSEL

HEREDADES

CONCHA MÉNDEZ: UNA POÉTICA
DE LAS MANOS
MARÍA MIRANDA ROCAMORA

ENTRE VOCES

DE LAS FORMAS ESCONDIDAS EN LAS PIEDRAS:
UN MAPA AFECTIVO DE LA CIUDAD DE MÉXICO.
ENTREVISTA CON CECILIA MIRANDA GÓMEZ
OFELIA LADRÓN DE GUEVARA

BAJO CUBIERTA

UNA INTENCIÓN ANTE LA NOCHE: LA POESÍA
LUMINOSA DE CLEMENTE GUERRERO
MARISOL LUNA ZAPIAÍN

LEER EN EL ESTADO DE MÉXICO:
UN MOSAICO DE EXPERIENCIAS
ABRIL G. KARERA



Concha Méndez: una poética de las manos

MARÍA MIRANDA ROCAMORA

SI DURANTE ALGUNO DE SUS VERANOS DE JUVENTUD EN SAN SEBASTIÁN alguien se hubiera acercado a la joven Concepción Méndez Cuesta para formularle la pregunta que articula toda sociedad provinciana española: “Y tú, ¿de quién eres?”, aquella niña debería haber respondido que era la mayor de los 11 hijos del adinerado matrimonio Méndez Cuesta, con domicilio en la calle Joaquín Costa nº 24 de Madrid. Sin embargo, lo más probable es que aquella adolescente, que ya desde niña aseveraba que iba a ser capitán de barco, hubiera contestado que ella era ciudadana del mundo, deseo que cumpliría años más tarde: “Es preciso ver mundo, mucho mundo, hasta recorrerlo casi íntegro”.¹

Pensar en Concha Méndez es evocar un torbellino vital, intentar retratarla en unas cuantas líneas resulta un ejercicio reduccionista, ya que su personalidad se desborda en cada línea. Les propongo, entonces, tratar de explorar algunos episodios de su biografía a partir de la imagen de sus manos, con las que construyó su vida, más allá de los límites que el género y la clase le imponían a una mujer que nació en el seno de una familia burguesa madrileña en 1898: “El derecho a usar sus manos, la destreza y la fuerza para trabajar con ellas constituyeron una emancipación de un designio de clase social que le resultó sumamente incómodo”.²

Manos que se construyen creativamente como mujer libre

Cuando leemos las memorias de Concha Méndez podemos percibir en su primera juventud un impulso genuino por vivir una vida fuera del salón de té, único espacio de intercambio artístico e intelectual al que podían aspirar las señoritas de su clase. Intuyo, entonces, que fue su facilidad para el lenguaje y para la música lo que hizo



Fotografías cortesía de Paloma Ulacia Altolaquirre

¹ Archivo Cartas Vivas, Fundación Santander. cartasvivas.org/concha-mendez

² Paloma Ulacia Altolaquirre en *Homenaje a la escritora Concha Méndez*, Instituto Cervantes, 2019. www.youtube.com/watch?v=l4bOggRIYp4

que se iniciara artísticamente en la poesía, pero, con el tiempo, el ejercicio de la escritura se convirtió en un acto de emancipación, por lo que también se lanzará a la escritura de otros géneros como el teatro o el guion de cine.

El impulso artístico y el ansia de libertad se presentan en Concha Méndez completamente imbricados: es su vocación por las letras y la cultura lo que la lleva a trascender en el espacio público con otros actos creativos, *performativos* los llamaríamos ahora, como pasear por Madrid sin sombrero con otras y otros artistas: “La noche de mi descubrimiento en el Palacio de Cristal había conocido a la pintora Maruja Mallo y empecé a salir con ella por Madrid. Íbamos por los barrios bajos, o por los altos, y fue entonces que inauguramos un gesto tan simple como quitarse el sombrero”.³

Ese descubrimiento al que alude la poeta se refiere a la primera vez que acude a un recital del poeta Federico García Lorca, acto inaugural de una etapa de desarrollo artístico en la que Concha Méndez encontrará un espacio para dejar que toda su energía creativa se desborde: “En aquel tiempo yo no había hecho reflexión alguna sobre la poesía; los poemas me salían a todas horas y en todas partes sin proponérmelo. Por esto creo ahora que la poesía sale porque sí; el que nace, nace; pero tiene que haber un resorte para que surja, como surtidor que de repente suelta aquella”, y que dará como resultado sus primeros poemarios, cuyos títulos reflejan esa rebosante y joven energía vital: *Inquietudes* (1926) y *Surtidor* (1928).

Manos que recorren mapas, manos que recorren el mundo

Los mapas de la escuela
todos tenían mar,
todos tenían tierra.
¡Yo sentía un afán
por ir a recorrerla...!
Soñaba el corazón
con mares y fronteras,
con islas de coral
y misteriosas selvas...
Soñaba el corazón...
¡Oh, sueños de la escuela!⁵

Como mencionábamos en líneas anteriores, la relación de Concha Méndez con el arte no sólo tiene que ver con su deseo de escribir, sino con un impulso vital de crear una existencia en la cual desarrollarse plenamente. Este impulso creativo está presente desde su infancia y será lo que la lleve a embarcarse rumbo a diferentes destinos. Primero vivirá en Londres, donde durante seis meses trabajará como profesora de español; después, realizará su primer viaje a América, a bordo del trasatlántico Infanta Isabel, con el que llegará a Argentina y se radicará en Buenos Aires, desde donde visitará el país vecino, concretamente, su capital, Montevideo.

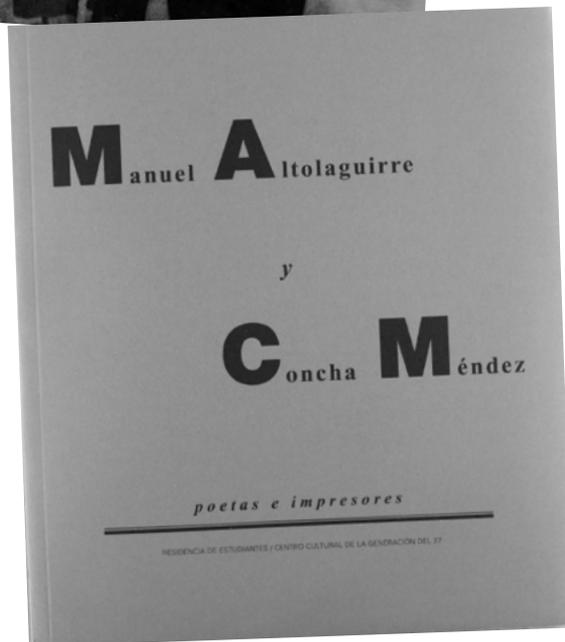
La experiencia argentina resulta fundamental para la formación de Concha Méndez, pues la joven artista se integra plenamente en el círculo intelectual

³ Paloma Ulacia Altolaquirre, *Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas*, Mondadori, Madrid 1990, p. 43.

⁴ *Idem*, p. 54.

⁵ Concha Méndez, *Poemas (1926-1986)*, Hiperión, Madrid, 1995. Originalmente perteneciente a *Inquietudes* (1926).





bonaerense. Arropada por este contexto, escribirá poesía, ensayo, editará piezas teatrales, publicará más de una docena de artículos para el periódico *La Nación*; en definitiva, se consolidará en el ejercicio de la escritura.

De esta estancia de 18 meses nacerá su tercer poemario, de un profundo carácter vanguardista: *Canciones de mar y tierra* (1930), prologado por Consuelo Berges e ilustrado por Norah Borges.

Manos manchadas de tinta: la escritura como oficio

La Concha Méndez que regresa a España en 1931, tras su estancia transatlántica, es una mujer con una trayectoria profesional y personal plenamente consolidada. La escritura ya no es sólo un impulso rebelde, un camino de búsqueda emancipadora, sino que se convierte en un oficio. Me gustaría que reivindicáramos, entonces, las manos manchadas de tinta de Concha Méndez, quien se convertirá en una de las editoras más importantes de la España de la Segunda República: “Ya instalada la imprenta, nadie podía moverla. Era yo quien la manejaba, vestida con un mono azul de mecánico. Era difícil y cansado. Cuando salía a la calle con aquel mono, la gente se quedaba extrañadísima; no recuerdo haber visto en todo Madrid a otra mujer vestida con pantalones”⁶

En 1932, se casa con el poeta malagueño Manuel Altolaguirre y funda con él un proyecto de vida que queda grabado en el sello Concha Méndez & Manuel Altolaguirre Impresores, plasmado en las portadas de muchas de las grandes obras de la generación del 27, como *Primeras canciones* de García Lorca, *Primeros poemas de amor* de Pablo Neruda, *El rayo que no cesa* de Miguel Hernández y *La realidad y el deseo* de Luis Cernuda.

La labor editorial que llevará a cabo la pareja será fundamental tanto en la consolidación del tejido cultural como en la divulgación de la obra del grupo intelectual al que pertenecían. Fundaron la revista *Héroe* (1932), uno de los pocos espacios mixtos en los que confluyó la obra de hombres y mujeres de la edad de plata de la poesía española. Posteriormente, en Londres, fundarán la revista *1616* (1933) que pretendía hacer dialogar a la tradición inglesa con la española; también fue suya *Caballo verde para la poesía* (1935), cuya dirección le encomendaron a Pablo Neruda. En resumen, la fundación de su sello

literario y la publicación de estas revistas significó la consolidación de un espacio de difusión que sin duda determinó la existencia literaria de esta generación.

Manos que se vacían en el exilio

Incluso después de la guerra civil, durante el exilio en La Habana, esta labor de divulgación se continúa con la imprenta La Verónica, en cuya colección El Ciervo Herido, la autora publica su poemario *Lluvias enlazadas* (1939).

No obstante, después de este poemario y tras su llegada a México, donde se afincaría hasta el final de su vida, comienza una etapa de silencio. Con el exilio, Concha Méndez, la mujer que había construido con sus manos un espacio de libertad, perdió toda su red de afectos, sus amigos, su familia y, con ellos, su posición social y cultural; en definitiva, el espacio duramente labrado en el que poder ser ella misma:

Aquella biblioteca [me habían regalado en Buenos Aires una colección de teatro universal traducida al español] la perdí con la guerra, como todas las otras cosas, las cartas [Rafael Alberti me escribió unas cartas preciosas... junto con otras ilustradas de Federico, las tenía guardadas en una caja de banco, que perdí con la guerra], el puñal labrado, los afectos, los amigos.⁷

Como anuncia el título de su poemario *Entre sombra y sueños* (1944), publicado ya en la Ciudad de México, Concha Méndez inicia una etapa vital en la que el pasado y el presente conviven en su experiencia de realidad.

El gesto cotidiano de la escritura

Alejada de los círculos culturales en los que se desarrolló en su juventud y con una hija a su cargo, Concha Méndez debe encontrar como mujer, madre y exiliada un espacio de escritura en lo cotidiano.

Así, las manos que escriben son las mismas manos que pican cebolla, sacan la basura o acarician a la hija. Un gesto que resulta natural en alguien en quien la poesía siempre ha sido un impulso que brota en el devenir de la existencia: “Ahora en México, me sucedió algo mágico. Estaba en la cocina mondando cebollas cuando de pronto me surge un poema. Sigo con las cebollas y otra vez me nace otro; dejo las cebollas, y así, mientras estuve en la cocina me escribí catorce”⁸

Manos que se aferran a la vida

Tras su larga etapa de silencio creativo, Concha Méndez vuelve a la vida literaria con la publicación de sus últimos dos poemarios: *Vida o río* (1979) y *Entre el soñar y el*

concha mendez cuesta

CANCIONES
de mar y tierra

buenos
aires
1930

CONCHA MÉNDEZ CUESTA
INQUIETUDES

POEMAS



Imprenta de Juan Pueyo
Luna, 29.-Teléf. 14-30.-Madrid

⁶ Concha Castroviejo, *Entrevista a Concha Méndez*, octubre de 1970, periódico ABC, España.

⁷ Ulacia Altolaguirre, *op. cit.*

⁸ *Idem*, p. 54.

vivir (1981), fruto de una etapa que inicia a finales de los setenta, tras un intento de suicidio al que le sigue un nuevo despertar vital: “Me entró de golpe una gana de continuar, un anhelo de vida, una alegría por despertar cada mañana”.⁹ Méndez retoma la carrera poética con el ímpetu creativo que caracterizó a toda su obra anterior, en un ejercicio literario diario que proseguirá hasta su muerte en 1986, dejándonos ver un vitalismo que reflorece y una reafirmación del valor de sus vivencias pasadas.

Manos que se rebelan

Cada una de estas imágenes de Concha Méndez confrontan el olvido intelectual, académico y crítico al que la artista se vio relegada desde su exilio. Por fortuna, durante las últimas décadas, el trabajo de diferentes investigadoras e investigadores ha dado visibilidad tanto a su obra artística como a su papel clave en el ámbito editorial, artístico y cultural de la edad de plata española. Así, poco a poco, la imagen de Concha Méndez vuelve a ser visible como esa escritora que brillaba con una luz inmensa, esa irreverente agitadora cultural, esa obrera de la escritura, esa mujer arrolladora que ensanchó las posibilidades de lo que significaba ser mujer a inicios del siglo xx, por eso, su huella será siempre imborrable:

Yo soy la fuerza de mí misma,
la antena receptora del milagro.
Yo soy la vida sin remedio.
Mi muerte no será sino un colapso;
porque después de muerta seguiré viviendo,
nadie sabe hasta dónde ni hasta cuándo.¹⁰ P

⁹ *Ibidem*, p. 154.

¹⁰ Méndez, *op. cit.*, p. 103.



De las formas escondidas tras las piedras: un mapa afectivo de la Ciudad de México. Entrevista con cecilia miranda gómez.

OFELIA LADRÓN DE GUEVARA

Los automóviles cruzan la avenida Revolución. Se detienen cuando la luz del semáforo cambia a rojo. Una pausa: ahora el movimiento surge desde el lado opuesto, los vehículos ascienden y descienden por la calle Desierto de los Leones. Los desplazamientos se intercalan, ocurren en intervalos programados por el tiempo que toma que la luz verde cambie a rojo y viceversa. Pareciera que lo que permite a la ciudad mantenerse es el orden impuesto por el sentido de las calles, por las líneas casi rectas de la avenida y de los automóviles que, en fila, avanzan; también, por el ritmo de desplazamiento al que predisponen los semáforos o las puertas del metrobús que se abren y se cierran. Por un instante, este orden se convierte en la única manera de mirar y relacionarse con la ciudad.

En la esquina que se forma entre esta avenida y esta calle, se encuentra el Museo de Arte Carrillo Gil. En la valla que circunda el edificio —una membrana comunicante entre la ciudad y el museo— se observa una serie de dibujos que, como un patrón de costuras, se mezclan entre sí: las líneas que hacen el trazo de una motocicleta son también las que se convierten en la silueta de un cuerpo. La pieza es De las formas escondidas tras las piedras, de cecilia miranda gómez. Al mirarla, los ojos la recorren trazando una ruta personal y diferenciando, desconociendo o mezclando las figuras ahí presentes.

¿Cómo elegiste las figuras y formas que aparecen en la pieza?

Cuando fui invitada por el Museo de Arte Carrillo Gil (MACG) a realizar la intervención a la valla, me pregunté sobre el punto intermedio que dicha “sala” ocupa en el espacio. A diferencia de un muro interior, su condición público-privada nos hace reconsiderar las maneras en las que el arte coexiste con la vida cotidiana. Al intentar desplazar mis inquietudes sobre lo urbano, y luego de conversar con distintas trabajadoras del museo, entendí que la valla, en su estar “afuera”, adquiere cierto tipo de funcionalidad. Para algunos significa la puerta de entrada al museo, la piel o un punto de referencia en el mapa; para otros es un regalo: algo que se da.

Si bien creo que hay dos tipos de obsequios —los que son pensados para el otro y los que vienen del gusto personal—, me parece que aquellos en los que se intenta

cecilia miranda gómez (Ciudad de México, 1993). Es maestra en Investigación Artística por la UNAM. Fue integrante del Programa Educativo SOMA (2021) y del Seminario de Producción Fotográfica del Centro de la Imagen (2016). Recibió la beca Jóvenes Creadores del FONCA en Medios alternativos (2019) y Ensayo creativo (2022). Ha expuesto su trabajo en muestras colectivas e individuales en Alemania, Austria, Chile, México y Portugal. Sus textos forman parte de publicaciones como *En una orilla brumosa* (2021) y *Dossier* (2024). Coordinó el área curatorial del Centro de la Imagen (2021-2022). Actualmente es becaria de la FLM.



📷 Ignacio Ponce

amalgamar ambas intenciones son de los más valiosos: ¿quién es la otra persona y quién soy yo en función de ella? ¿Qué aspectos del mundo han permitido nuestro encuentro? Con ello en mente —y con un montón de dudas— decidí hacer de la valla un juego, entendido como una zona que existe entre la pausa y la fe: cuando jugamos decidimos participar de un universo imaginario por un instante.

El juego que inspiró la valla es el *veo, veo*. No sé si tiene reglas específicas ni quién lo inventó. No obstante, como muchas cosas en la vida, lo aprendemos fortuitamente: un día vas en la carretera y alguien te dice: “¡juguemos! Veo, veo un árbol... veo, veo una montaña”. Un espacio común se crea y de pronto estás ahí, durante horas, cazando formas. Lo que me parece significativo es su capacidad para incentivar la percepción del entorno, así como su inclusión, en tanto que un amplio espectro de personas puede jugarlo: prácticamente todxs. Y digo todxs, porque ése fue otro principio para mí: ¿cómo hacer una pieza para el espacio público que interpele a la mayor cantidad de transeúntes?, ¿cómo dar un regalo así de grande?

En un intento por sistematizar la experiencia de desplazarse por el entorno inmediato del MACG, para las formas finales decidí establecer categorías visuales.

Para ello, realicé varios recorridos sin rumbo —quizá muy a modo de las derivas situacionistas—, intentando asir la sensación, muchas veces caótica, que se origina al deambular en un espacio saturado de estímulos. Las categorías refieren a elementos generales del rumbo: flora, fauna, objetos; incluso hay una que nombré “objetos artísticos” y son diez esculturas que viven a la intemperie, tanto en la calle como en los jardines de varios edificios. Deliberadamente omití la inclusión de formas arquitectónicas porque me pareció que el tablero del juego era la valla, y por lo tanto el museo. En su mayoría, los recorridos fueron a pie y durante distintas horas del día; sin embargo, hubo ocasiones en las que lo hice en transporte público y otras en automóvil; lo que me permitió estimar el tiempo en el que la valla es observada según la velocidad a la que una se mueva. Asimismo, me parece importante señalar que en este ejercicio el “paisaje” no se observa desde la distancia, sino de frente; es como un choque, una tensión con aquello que el propio cuerpo alcanza a mirar. De ahí que el dibujo final parezca una suerte de acumulación de estampillas.

¿Por qué utilizar patrones de costura de manualidades para crear una cartografía de la ciudad?

Comencé a trabajar con patrones de costura de manualidades a mediados del 2022, cuando realizaba un proyecto sobre la casa en la que crecí, ubicada en Coacalco, Estado de México —en la conocida periferia norte de la ciudad—. En aquel momento me interesaba reflexionar sobre la potencia de los objetos más allá de su fin utilitario, en particular lo que sucede cuando, al no ser usados por un periodo largo, entran en una especie de suspensión aparente.

Pasó que, mientras inventariaba los libros y cuadernos guardados en un clóset, encontré una bolsa de plástico llena de folders y papeles doblados. Cada folder resguardaba los moldes de alguna figurilla en cartoncillo y papel albanene. Los sobres manila tenían leyendas escritas a mano del tipo: “osito de peluche con sombrero”, “canasta de frutas”, “bota muñeco de nieve”. Por su lado, los patrones eran pliegos de papel doblados, en su mayoría de fieltro, de una revista de manualidades famosa a principios de los dosmiles que se compraba en los puestos de periódico.

Dada la edición de la revista, las instrucciones de armado estaban en las páginas interiores, mientras que los patrones eran un injerto que, al estar desprovistos de toda información, figuraban un plano ilegible lleno de manitas, batitas y ojitos. Para mí, lo que apareció al desdoblar el primer patrón fue, literalmente, un mapa: uno difícil de resolver, pues las formas superpuestas hacían que su distinción fuera complicada a primera vista. Al mirarlos, pensé en Kandinsky y su teoría sobre el arte abstracto en la que cada elemento configura una dimensión energética o espiritual en el arte, a partir de la conjunción de tres elementos básicos: punto, línea y plano.

La decisión de utilizar la visualidad de los patrones de costura como mapa cartográfico vino al reflexionar sobre el rol que juega la memoria en las maneras de habitar un territorio: ¿qué recordamos de él, a qué aspectos les damos importancia? Me parece que en el ejercicio de crear nuestros propios mapas podemos aprehender algo del espacio que sea más afín a nuestras experiencias. Pensar el mapa de una ciudad

como un patrón de costura implicaría imaginar otras formas de desplazamiento y, con ello, de reconocimiento de lo que nos rodea.

¿Por qué De las formas escondidas tras las piedras no otorga ninguna orientación sobre cómo ser leída o vista?

En primera instancia, la decisión de omitir instrucciones se debió a un interés mío por buscar que la valla fuera un punto de encuentro que, más que indicar direcciones, las sugiriera. Las formas puestas así, de frente, producen una curiosidad casi inmediata por intentar reconocer algo en ellas. Si bien la mayoría es de fácil identificación, al estar superpuestas, crean formas que no existen necesariamente pero que construyen nuestra experiencia de la ciudad: lo que se produce cuando una planta es parte de una escultura y un animal al mismo tiempo. Digamos que la valla es una muestra sobre cómo el espacio está construido, no por su individualidad, sino por la convergencia de distintas entidades.

Otro aspecto de la valla es su paleta cromática, inspirada en la obra *Formas policromadas: abstracción* (1947) de David Alfaro Siqueiros. Esta pintura de mediano formato es parte de la colección fundacional del museo. Al verla llamó mi atención inmediatamente. Es una pieza atípica que escapa del imaginario tradicional del muralista, y que reformula una teoría sobre su trabajo que no ha sido explorada hasta ahora: el color. Estudiándola tuve la intuición de que su composición simula ser el ensayo de algo más, el preámbulo de un ejercicio futuro; del mismo modo que un patrón de costura.

Esta pregunta me recuerda una pieza de Luis Camnitzer que me gusta mucho, y que creo resume mi deseo detrás de la valla. Se trata de intervenciones tipográficas que Camnitzer hace en las fachadas de distintos museos en los que se lee: “El museo es una escuela: el artista aprende a comunicarse, el público aprende a hacer conexiones”. Me parece que nuestro quehacer como artistas se plantea como una provocación a través de la cual las personas que interactúan con la obra se enfrentan a la posibilidad de mirar algo que ya conocían desde un sitio distinto.

¿De qué forma esta pieza dialoga con el resto de tu trabajo? Especialmente con Ejercicio de esparcimiento (2019) o Amaramarillo (2023), expuestos al interior del museo.

Como parte de la comisión sobre la valla, el equipo curatorial del MACG invita a los artistas a desplegar piezas que interactúen con la intervención del exterior. En este caso, y en diálogo con Isabel Sonderéguer, curadora de la exposición, decidimos mostrar dos proyectos en los que he tratado mis inquietudes por lo urbano de modos distintos.

Ejercicios de espaciamento es una pieza del 2019 —adaptada al montaje en el MACG— en la que un montón de retacería de madera edifica una ciudad genérica. La obra fue resultado de una investigación sobre la habitabilidad y su relevancia como cualidad constitutiva en la construcción de espacios. Al colocarla en un lugar de

paso, como son las escaleras del sótano del museo, intentamos producir tres miradas distintas de un mismo sitio: un poco lo que sucede en la ciudad y sus periferias, cuando entras y sales de ellas.

A su vez, *Amaramarillo* es el cierre de mi último proyecto de largo aliento, *Color Abismo* (2019-2024), el cual plantea un estudio sobre los usos del color en el territorio urbano mediante ejercicios de lo que he llamado “poesía cromática”. Este proyecto surgió de estudiar durante cuatro años los nombres que Comex ha dado a sus pinturas. La pieza es una serie más larga. Para el MACG se presentaron sólo 15 obras. Su visualidad establece paralelismos con la estética publicitaria diseñada por la empresa para promocionar sus productos: combinaciones, porcentajes y ejemplos modulares. De primera instancia, vemos 15 piezas con la misma forma, no obstante, cada una es un poema cromático integrado por tres amarillos distintos. Cada poema refiere la síntesis de un recorrido realizado durante el proceso de elaboración de la valla.

¿De qué manera De las formas escondidas tras las piedras explora y plasma tu relación con la ciudad: la forma en la que la entiendes y te relacionas con ella?

En febrero del 2023 presenté la primera pieza inspirada en los patrones de costura de manualidades en una exposición colectiva curada por Fabiola Iza en Salón ACME. La muestra estudiaba el paisaje como un terreno en disputa a partir de los vínculos que siete artistas mujeres —Andrea Bores, Sandra Calvo, Yolanda Ceballos, Ángela

 Daniel Ulacia





Ferrari, Verónica Gerber Bicecci y Circe Irasema— hemos establecido con la Ciudad de México, y resaltaba el flujo y dinamismo que la constituye como un tejido acechado por el despojo. En mis conversaciones posteriores con Iza, surgió un término que me gusta mucho. Ella dice que mis patrones de costura son “mapas afectivos” que carecen de lógicas de orientación fijas, por tanto, tienen la potencia de rebelarse contra los principios básicos de la cartografía para hablar de las singularidades experimentadas en un territorio desde la memoria y la imaginación.

En ese sentido, pienso que las artistas, más que proponer soluciones o enmarcar certezas, trabajamos a partir de intuiciones propias. En mi caso, podría decir que mis intuiciones suelen venir acompañadas de una sensación de incomodidad originada por algo que no entiendo o no alcanzo a aprehender con facilidad: ¿por qué una colonia completa está pintada de un único color? ¿Qué pasa con el tiempo que se vive en el transporte público que no es ni productivo ni de ocio? ¿Por qué la ciudad es cada vez menos vivible? Creo que la valla fue un intento por unir y superponer experiencias distintas de habitar un lugar tan caótico como la Ciudad de México, aludiendo a la presencia de distintas entidades: las personas, los animales, las plantas, pero también un montón de objetos y cosas que nos rodean y que, desde su aparente pasividad, modifican nuestra relación con lo otro. Me entusiasma pensar que esta pieza-mural, más que ser una representación publicitaria, es el principio de una conversación con quienes se desplazan frente a ella. 📍

📷 Cortesía cecilia miranda gómez



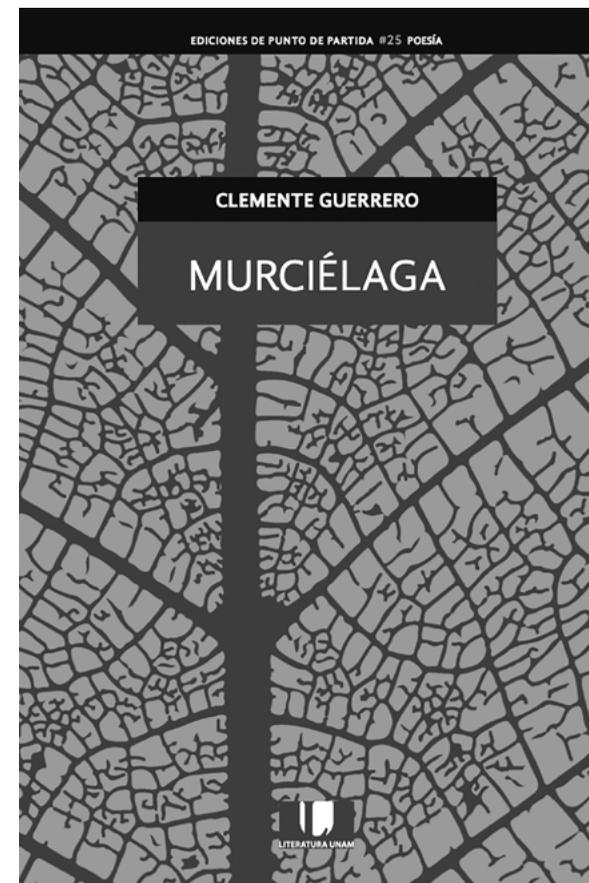
Una intención ante la noche: la poesía luminosa de Clemente Guerrero

MARISOL LUNA ZAPIAÍN

Leer *Murciélaga*, el primer libro de Clemente Guerrero, se siente como si un amigo de toda la vida te invitara a su casa. Al entrar en ese espacio familiar, escuchas cómo cantan los pájaros; saludas a su abuelo boxeador, a su abuela sahumada de copal: reconoces en ellos la base de un álbum de familia que se revelará calmo, pero contundente, en cada golpe de poema.

La obra se encarna desde cuatro puntos cardinales: “Poherbario, faunas y otras especies”; “El listón de tu pelo”; “Lo que nos llevamos a la boca” y “Que cuelga como tú, murciélaga”. Cada sección, entramada con un hilo finísimo, muestra la sutil trayectoria de una voz que enuncia desde sitios muy íntimos, que se nos planta en forma de instantes a veces dolorosos, como en “Maizal”: “Año con año/ fui para trabajar el maizal/ y Elayo era cada vez más Eloísa/ la que soñaba con viajar y se enamoraba en los bailes./ ¿Cuántos se inclinaron ante su ataúd?” Pero esa voz también nos hace vivir momentos festivos, como en “Yo era” y esa risueña polifonía que recrea las canciones de Celia Cruz, de Héctor Lavoe, de la mismísima Selenia, como fondo de un baile en el que, entre vuelta y vuelta, se alegran los cuerpos en movimiento. Paralelamente, esa voz se nos revela como una acumulación de sabores que se paladean en la boca, como los versos: “Él sólo sabía/ que su pausa era un comer, un espectáculo/ una gastronomía del recuerdo/ y recordaba al queso por la vaca/ a la vaca (en partes) (bien cocida) por la abuela/ a la abuela por ese árbol de granadas”.

De ahí que una de las cualidades más notables de *Murciélaga* sea su dimensión sensitiva, pues a través de la representación de lo mirado, de los aromas, de los sabores, de un telón musical o de



Murciélaga
Clemente Guerrero
Dirección de Literatura y
Fomento a la Lectura, UNAM
México, 2023, 88 pp.



la propia memoria, el poemario expande sus posibilidades de significación. Mención aparte es la sensibilidad auditiva del poeta, una agudeza inusual que le permite captar y reflejar, en “Pájaros ciudadanos”, una cascada de pregones a modo de objeto sonoro, siguiendo al poeta guatemalteco Humberto Ak’abal. Dicho poema funciona como un panorama vibrante que canta y cuenta las voces de la ciudad: el panadero, el aguador, el diablero, las marchantas.

La poesía de Guerrero emociona por su impronta: por la lengua viva, por la oralidad manifiesta entre sus versos, que evoca ese maravilloso remate de “El Ingenioso Hidalgo”, en el que el poeta Eduardo Langagne escribe: “Es la voz popular/ la que da inicio/ a la más portentosa/ lección de nuestro idioma”. Es esa misma voz popular con la que Guerrero dignifica sus imágenes del mundo, apuntala sus poemas y edifica instantes tan conmovedores por su delicadeza, como crudos por su sinceridad.

Y aunque esta crudeza es insistente, no falta la ternura en sus versos, como cuando quiere acariciar los ojos de su madre “con las flores de una rama”, o como cuando, después de observar el hervor de la manzanilla, dice: “mi mano palpa lo bajo de tu vientre/ como si dejáramos atrás una promesa/ o un jardín al que no queremos entrar”. Y acompaña a dicha ternura, la belleza de sus recursos, como la comparación entre las mujeres que vuelven a casa “abiertas/ sangrando de sí mismas”, como las granadas “expuestas/ como si sangraran desde adentro,/ como si el deseo/ las empujara a renunciar a su forma/ y se abrieran”.

Además, resulta significativa la serenidad de una voz que nos ofrece una poética pausada, atenta, hospitalaria como un vaso de agua fresca, decidida a la impresión; por ello los lugares en la poesía de Clemente Guerrero pasan de lo interior a lo exterior: lo primero abraza a lo doméstico, a la memoria, a lo familiar que transiciona hacia la esperanza con la llegada de Amarantha, su hija. Por otro lado, en lo exterior se perfila la ciudad, su gente, lo cotidiano; se dibujan escenas que transcurren en los mercados, en las calles, en los puestos.

La fuerza poética de una obra como *Murciélagos* reside en que tanto sus búsquedas como sus mecanismos son congruentes entre sí. La sustancia de su poesía es robusta por ser nítida, luminosa, porque esa voz que habla desde la luz reconoce que atravesar las sombras es necesario para nombrar su realidad. 📍

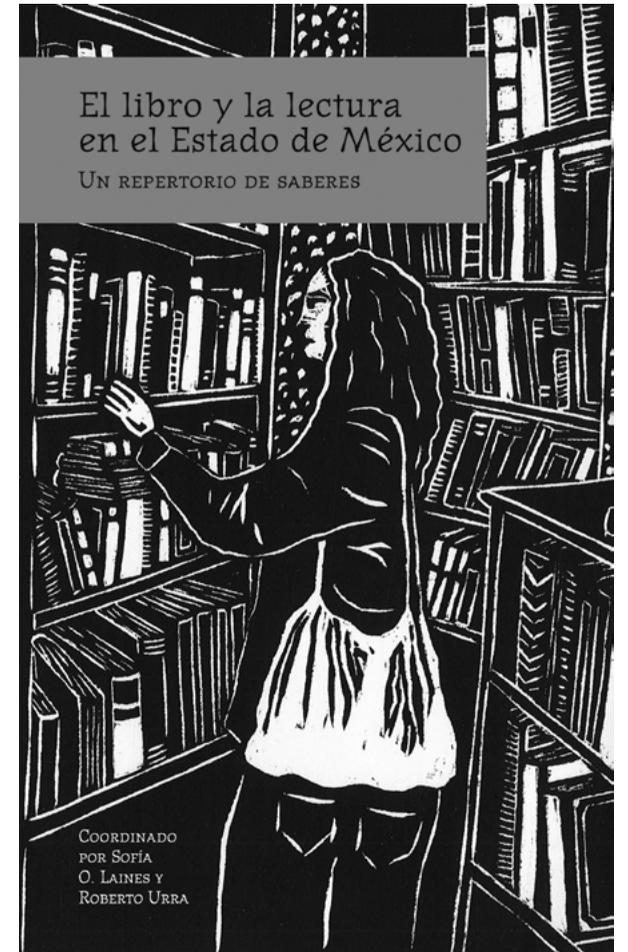
Leer en el Estado de México: un mosaico de experiencias

ABRIL G. KARERA

El libro y la lectura en el Estado de México: Un repertorio de saberes es una publicación que reúne distintos textos acerca de cómo se vive el ambiente de la lectura en ese estado de la república mexicana. La recopilación se ordena bajo siete verbos que le brindan sentido al mundo del libro y la lectura: *escribir, editar, imprimir, circular, leer, promover e investigar*; y todos los autores guardan estrecha relación con estos ejercicios, por lo tanto, podemos encontrar editores, investigadores, bibliotecarios y libreros, entre otros.

La existencia de este repertorio tiene una razón de ser: desde 2022 se desarrolla, con el apoyo de El Colegio Mexiquense, el proyecto “El ecosistema del libro en el Estado de México: Hacia un Observatorio de la Lectura”, auspiciado por CONAHCYT y que, entre otros esfuerzos, busca visibilizar el trabajo de distintos actores de este ecosistema, al tiempo que tiende lazos de comunicación entre ellos. No es una tarea sencilla, pero sí muy necesaria. Esta publicación es el resultado de distintas conversaciones que este proyecto ha llevado a cabo con el fin de conocer, observar y registrar lo que sucede en el Estado de México alrededor de la lectura.

Una de las virtudes de esta publicación es la diversidad de proyectos que presenta, lo que deja claro que, a pesar de la poca difusión, interés o apoyo, hay personas esforzándose en sostener espacios dentro de este ecosistema. Por ejemplo, el texto “El taller de gráfica Rinoceronte Magenta”, del investigador Roberto Urrea Sandoval, comparte la cotidianidad de ejercer la impresión gráfica en la comunidad de San Andrés Ocotlán, ubicada al sur de Toluca. Uno de los aspectos en los que más insiste es en el poco o nulo reconoci-



El libro y la lectura en el Estado de México
Sofía O. Laines y Roberto Urrea (coords.)
El Colegio Mexiquense
México, 2023, 187 pp.

miento que se le da en el estado a la tradición de la impresión gráfica, relegándola, incluso, a una labor poco importante; a pesar de ello, el taller ha sobrevivido por su compromiso personal con el arte.

Por otro lado, el texto “Libro, grabado y estampa: Taller Biblioteca La Chispa”, escrito a seis manos por Ulises Velasco Álvarez, Aline Reyna Rodríguez Ovando y María José Reyes Villavicencio, relata las vicisitudes y el entusiasmo para conformar un espacio destinado a la cultura y música punk; primero en el municipio de Temoaya y después en Santa Ana Tlapaltitlán. En este texto se resalta el valor de la comunidad y la búsqueda constante de espacios autónomos culturales, sobre todo dedicados a los jóvenes. De hecho, los mismos integrantes de este taller fueron los encargados de realizar los siete grabados que acompañan este libro, uno por cada verbo mencionado con anterioridad. “Así, creemos que el ejercicio entre actores, lugares y lectura desde el Estado de México se hizo más tangible”, afirman los antologadores en el prólogo.

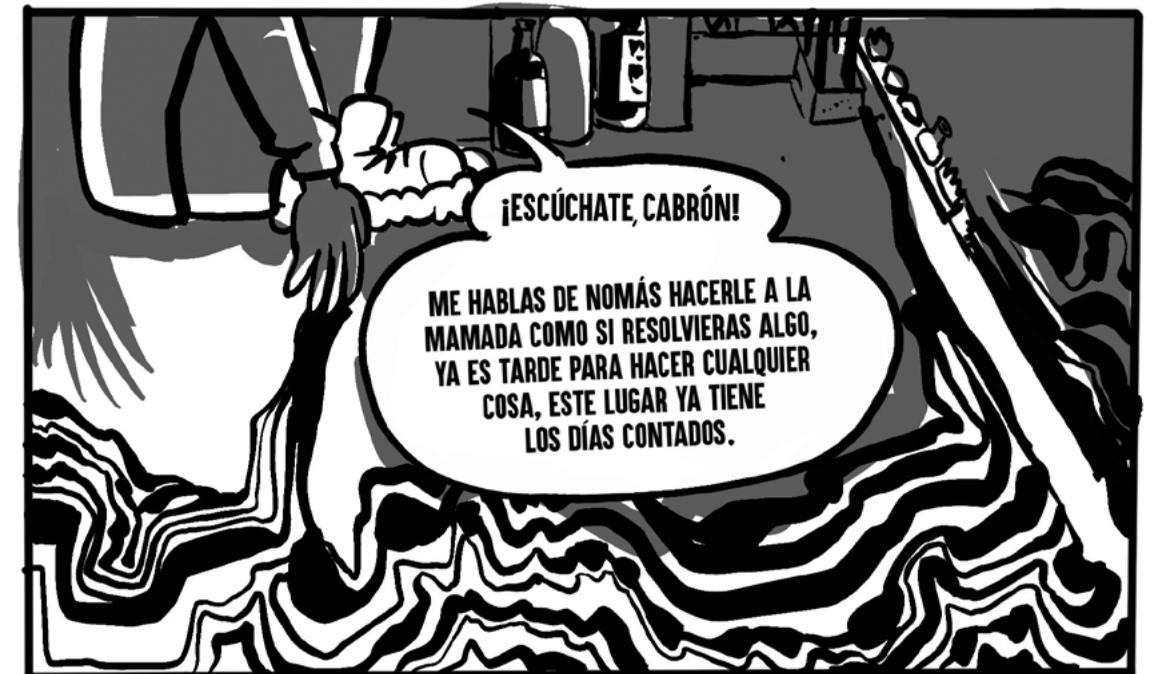
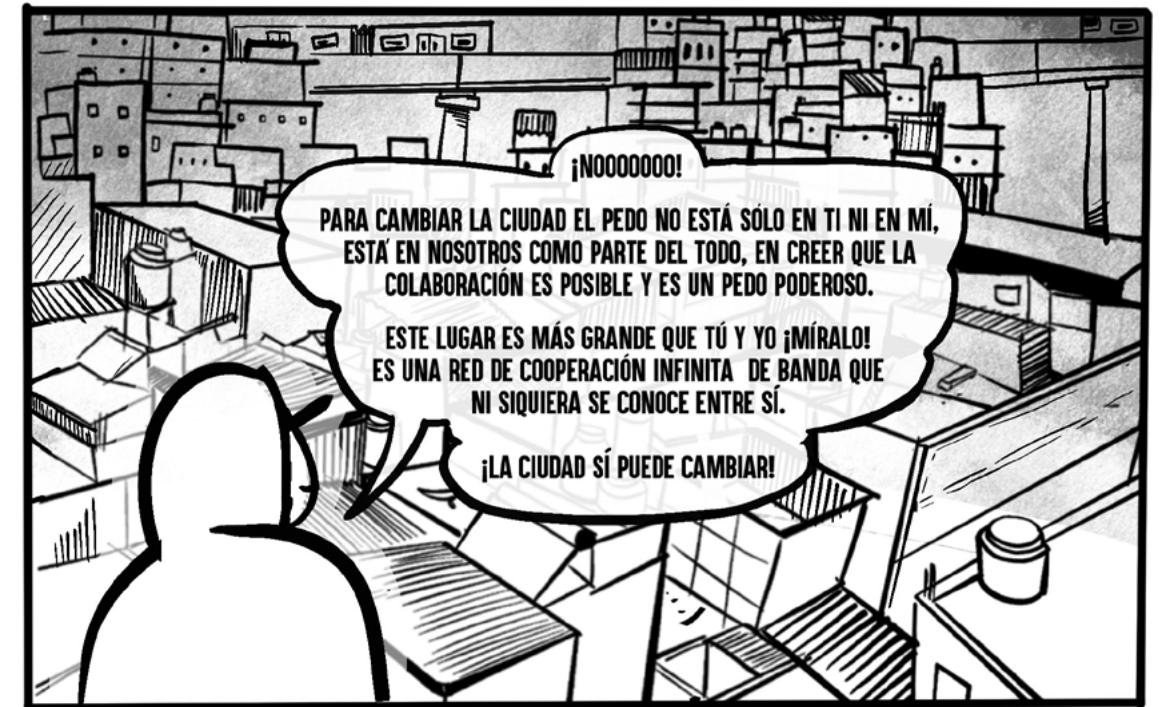
Otro triunfo de esta publicación es la reflexión sostenida en varios de los textos acerca de la relación que se comparte con la Ciudad de México. Al poner en el centro las prácticas culturales de la gran ciudad, todo lo que se desarrolla en el Estado de México parece estar destinado a la periferia, ¿y qué significa eso? Ana Ximena Jiménez Nava y Jonathan A. Rosas Osegura intentan dar una respuesta a través de su texto “La lectura de periferia a periferia”, donde comparten su experiencia leyendo en el transporte público e invitan a cuestionarse sobre si la condición periférica dejará de existir algún día. O, por ejemplo, Sofía O. Laines expone en el capítulo “¿Cómo subastar libros en Facebook desde el Edomex” la compleja actividad de comprar y vender libros en esa red social, en parte como una respuesta a la falta de librerías físicas en tierras mexiquenses, lo que transforma de forma definitiva la manera en que muchos mexiquenses adquieren sus libros.

Todos los textos mencionados son un ejemplo de la variedad de testimonios que contiene esta recopilación, testimonios que delinean la vida cultural actual en el Estado de México, algo de lo cual no suele hablarse. Desde la creación de una librería especializada en literatura infantil y juvenil (como la Librería Navegui) en un mercado de Nezahualcóyotl, pasando por la afición de coleccionar ediciones únicas, como lo hace el historiador Javier Eduardo Ramírez López, o de observar las prácticas lectoras de los niños que visitan las bibliotecas, o de los retos que se presentan cuando uno decide ser autor independiente en el Edomex. Todos estos textos forman un mosaico de experiencias que brindan una perspectiva amplia sobre los actores del ecosistema del libro y la lectura, sobre sus necesidades, sus demandas y su convicción por seguir sosteniendo los espacios que han creado, aún en un estado que pareciera desarticulado, inhóspito o carente de estas iniciativas.

El libro y la lectura en el Estado de México es una publicación que no pasará desapercibida para todas aquellas personas interesadas en el tema de la lectura en el país. Sobre todo, puedo asegurar que interesará especialmente a los lectores de esta entidad ya que, como yo, podrán sentirse representados y valorados en su ejercicio lector. ●

TINTA SUELTA







Joaquín de la Torre
(Ciudad de México, 1991). Autor de *Un cementerio que fue bosque* (2020). Ha sido becario del FONCA, del Conseil des arts et des lettres du Québec, y de la FLM. Obtuvo Mención Honorífica en el Premio Nacional al Estudiante Universitario "Carlos Fuentes" (2023).



Giselle González Camacho
(Tapachula, 1997). Escribe no ficción. Participó en la residencia literaria *Material de los Sueños* (Islas Marías, 2021). Ha sido becaria del British Council, el PECDA-FONCA y la ACM.



Desirée Mestizo
(Xalapa, 2002). Estudia la licenciatura en Lengua y Literaturas Modernas Inglesas en la FFyL, UNAM. Escribe poesía, ensayo y también es fotógrafa. Sus textos han sido publicados en *Punto en Línea*.



Itzel Espinosa
(Ciudad de México, 1995). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFyL, UNAM. Textos suyos aparecen en *Pensar lo doméstico*, *Especulativas Mx* y *Punto en Línea*.



Joaquín Martínez
(Ciudad de México, 1993). Estudió Sociología en la FCPyS, UNAM. Es miembro de la compañía de teatro Vincent Company para actores y no-actores fracasados. Ha publicado en *Nexos* y en *Temporales*.



Ángela Almendra Almonaci Buendía
(Texcoco, 2001). Estudiante de Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFyL, UNAM. Ha colaborado en *Punto de Partida*, *Red Universitaria de Mujeres Escritoras*, *Espejo Humeante* y *Pluma*.



Erick Sebastian
(Morelia, 2003). Estudiante de Periodismo en la FCPyS, UNAM. Reside en la Ciudad de México desde hace 12 años.



Tristana Pérez
(Saint-Denis, 2005). Fue parte del Diplomado de Escritura Creativa y Crítica Literaria de la UNAM. Cursa la doble licenciatura en Ciencias Políticas y Filosofía en la Universidad La Sorbonne.



Dorian Huitrón
(Ciudad de México, 1993). Peatón y lector. Licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM. Ha trabajado en proyectos editoriales de difusión literaria. Actualmente dirige el blog *El Retruécano*. www.elretrucano.com



Luis Antonio Viniestra Mendoza
(Ciudad de México, 2002). Estudia Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. En 2018 ganó el Concurso Interpretatorio de Historia de México. Ha publicado en *Blog Librópolis* de Universo de Letras.

• COLABORADORES •



Alexis Aparicio Díaz
(Ciudad de México, 1999). Es licenciado en Letras Hispánicas por la UAM-I. Ha publicado en *Marabunta*, *Reverberante*, *Katabasis*, *Irradiación*, *Saranchá*, *Alcantarilla*, *Página Salmón*, *Bastardilla* y *Kametsa*.



María Villa
(Naucalpan, 1991). Licenciada en Ciencias de la Comunicación. Cursa la maestría en Literaturas Española y Latinoamericana en la UBA, y formó parte del Diplomado en Escritura Creativa y Crítica Literaria de la UNAM.



Alejandro Carnicero
(Ciudad de México, 1998). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFyL, UNAM. Ha publicado en *La Gualdra*, suplemento cultural de *La Jornada Zacatecas* y en *Blog Librópolis* de Universo de Letras.



Ofelia Ladrón de Guevara
(Jalapa, 1998). Escribe crítica de cine. Actualmente es becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas (2023-2024).



Abril G. Karera
(Coyotepec, 1991). Estudió Letras Clásicas en la UNAM. Se dedica a la mediación de la elctura en espacios virtuales. Es directora general de la Asociación Civil de Lectoras *Libros before tipos*.

Itzel Avilés García
(Ciudad de México, 1998).
Estudia Filosofía en la FFyL, UNAM.
Es diseñadora e ilustradora.



© Marcos A. Medrano

Sebastián López
(Ciudad de México, 2001). Estudió en la Escuela de Periodismo Carlos Septién García. Ha publicado en *Revista Purgante* y en los suplementos culturales de *El Heraldo de México* y *La Jornada*. En 2023 fue becario de la revista *Gatopardo*.



© Celeste Roccha

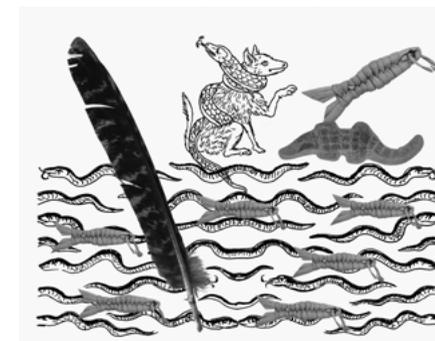
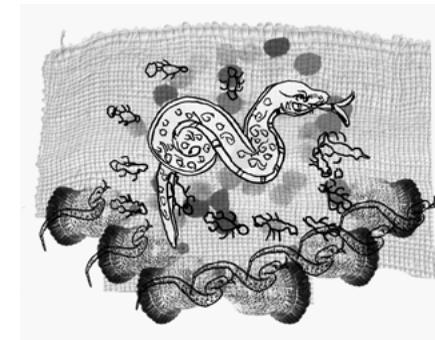
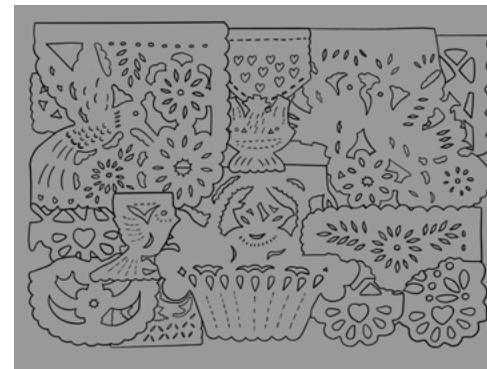
María Miranda Rocamora
(Elche, 1997). Es maestra en Estudios Literarios por la Universidad de Alicante. Escribe poesía, teatro y relato corto. Ha publicado en *Virgula* y forma parte de la antología *Diarios de encierro* (2020).



Marisol Luna Zapiáin
(Ciudad de México, 1994). Lectora. Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Se ha desempeñado como promotora de lectura, docente y tallerista.



• COLABORADORES •



Blanca Luz Alaníz
(Querétaro, 1989).
Estudia el doctorado en Artes Visuales en la UNAM, donde desarrolla una investigación sobre el pasado prehispánico del Centro histórico de la Ciudad de México.
@alancagrav

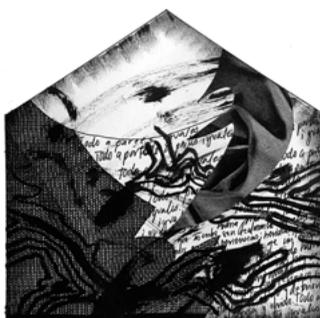
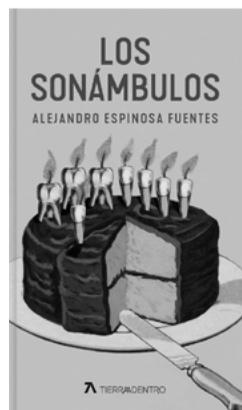


Karla Paola Florido Ortega
(Ciudad de México, 1999).
Estudió Diseño y Comunicación Visual en la FAD, UNAM. Obtuvo el primer lugar en el Concurso de Cartel de la Muestra Filmica ENAC (2019).
@_chispa.estudio
chispaestudio9





Daniel Bolívar
(Ciudad de México, 1989).
Diseñador editorial e
ilustrador egresado de la
FAD, UNAM. Ha trabajado
en Penguin Random House
y en Grupo Planeta.
Ha colaborado con
editoriales independientes
como Ediciones Hungría,
Ediciones Antílope, Festina
y Alacraña. Fundó Glaciar,
una librería heladería
especializada en libros
independientes.

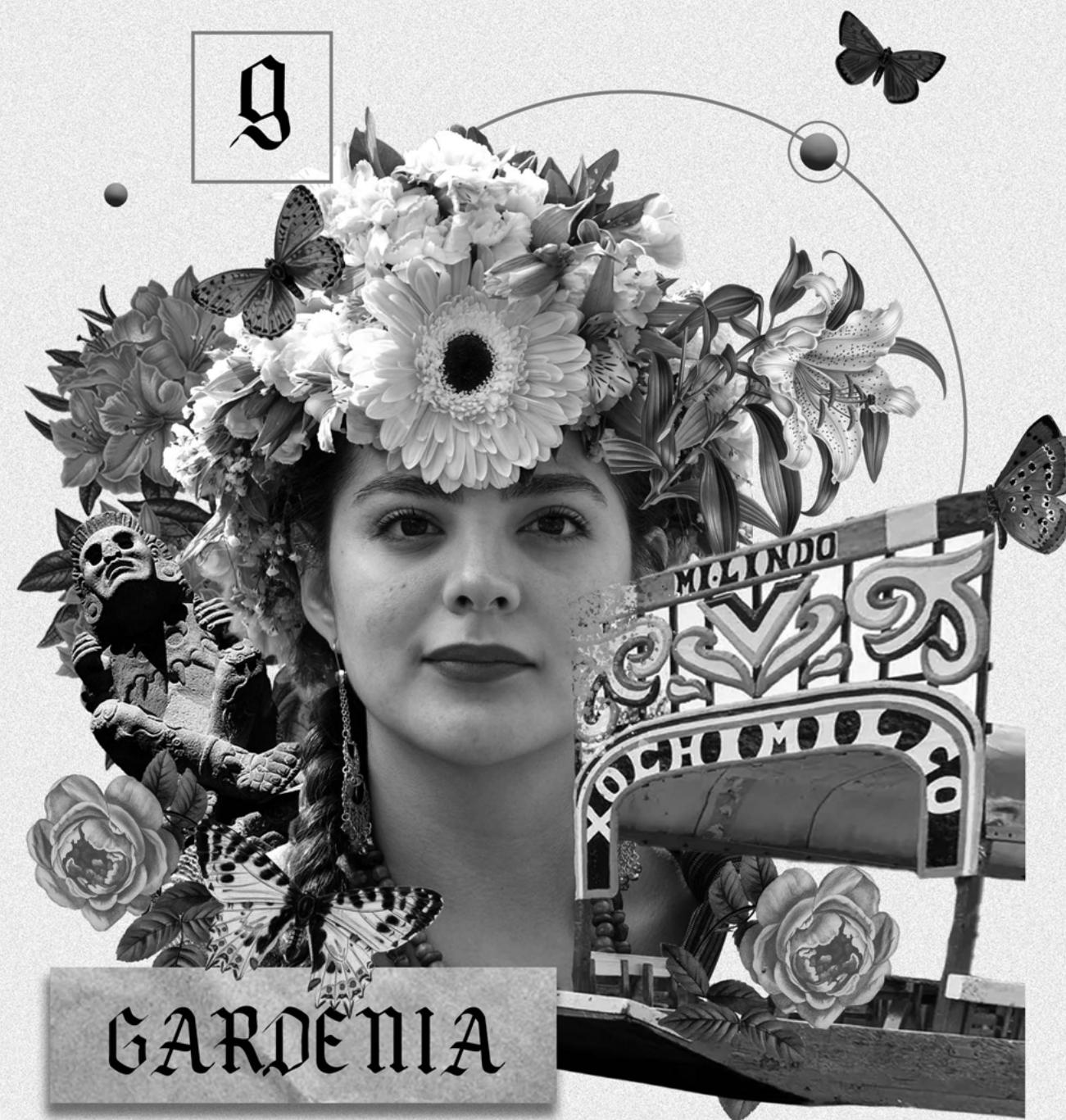


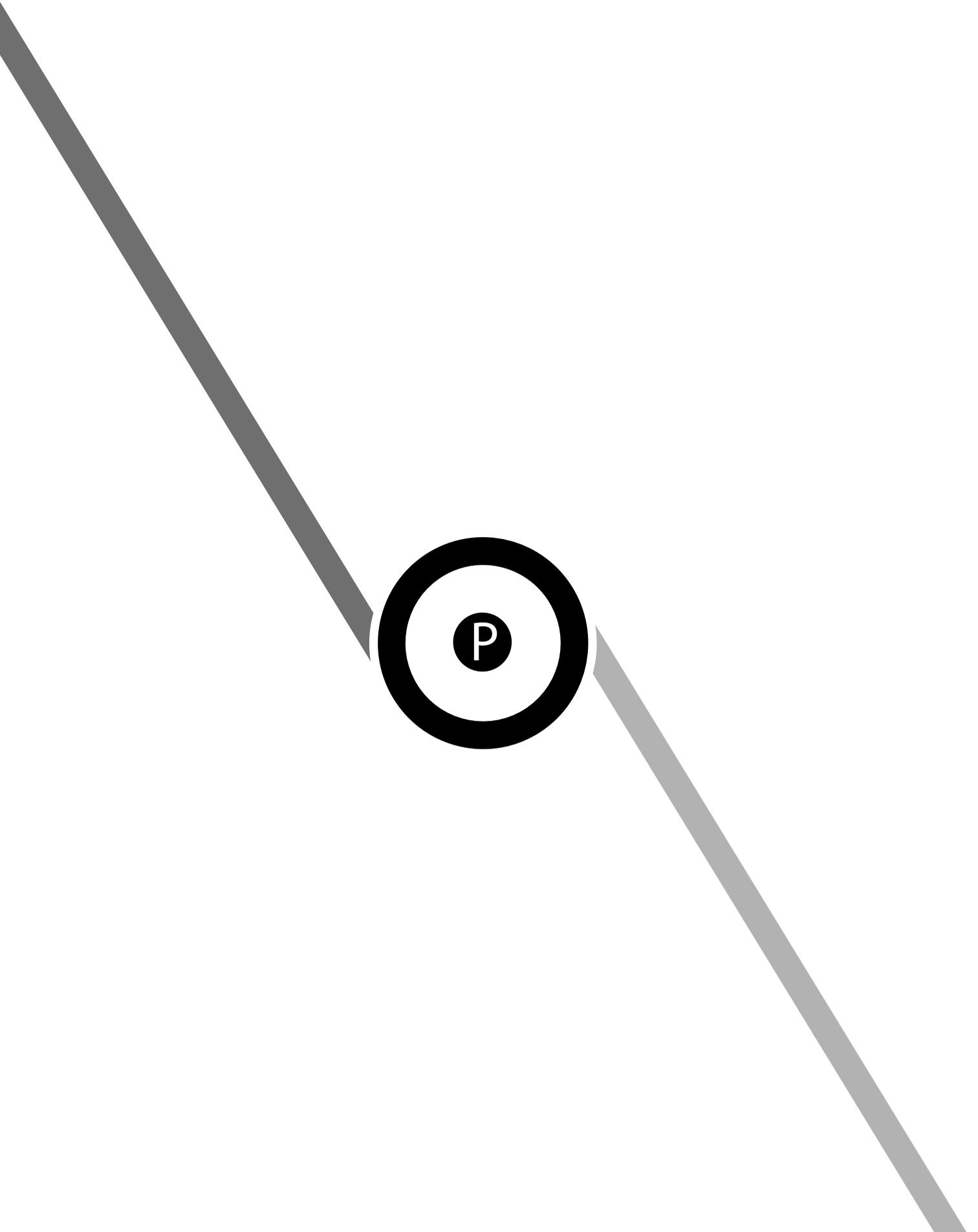
Fabián Parra
(Ciudad de México, 1992).
Estudió Artes Visuales en la
FAD, UNAM. Fue beneficiario
del FONCA en Dibujo
(2019). Su trabajo ha sido
expuesto en Imaginaria
Café, Museo Jumex,
Fundación Sebastián,
MUCA, Galería NACO y
en la Universidad
Finis Terrae, en Chile.
@ e.fabianparra

TINTA SUELTA



Livo Malo
(Iztapalapa, 1996).
Dibujante, gestor cultural
y locutor. Ha colaborado,
desde el 2019, con la
revista *El Chamuco* y los
hijos del Averno. Es gestor
en Galería Taquera y
locutor en Reactor 105.
@ livomaloo







LITERATURA UNAM



 @Puntodepartidaunam
 @P_departidaunam
 @puntodepartida_unam

puntodepartida.unam.mx